



CROMWELL

EDITORIAL
Atlántida
BIBLIOTECA
Billiken

ESTE LIBRO

Vencedor en batallas decisivas, al frente de sus famosos "Costillas de Hierro", Oliverio Cromwell, hijo de un humilde cervecero de la ciudad de Humtingdon llegó a ser la figura más importante del nuevo orden británico. Primero oscuro miembro de los Comunes, luego capitán, y más tarde general, acabó proclamándose Protector de la República de Inglaterra, Escocia e Irlanda.

Su vida, narrada en este libro, tuvo excepcional relieve en la Europa del siglo XVII. Su obra como estadista fortaleció el naciente Imperio británico. Su inflexible actitud como revolucionario sirvió a Francia, al cabo de más de un siglo, de alicionador antecedente.

La imperiosa voluntad de Oliverio Cromwell, la guerra civil, la ejecución del monarca, las luchas entre los vencedores, el carácter de toda una época europea están reflejados en la biografía del caudillo, cerebro rector y espada de la revolución inglesa.

OLIVERIO
CROMWELL

241.08

BIBLIOTECA BILLIKEN

COLECCIÓN VERDE

OLIVERIO
CROMWELL

Síntesis biográfica

por

Mariano Perla

ILUSTRACIONES DE
PONTONES

EDITORIAL ATLANTIDA S. A.

BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

120x168

ATLANTIDA, S. A.

Derechos reservados

HECHO EL DEPÓSITO
QUE MARCA LA LEY

Se acabó de imprimir el día 3 de Agosto de 1940

TALLERES DE LA EDITORIAL ATLÁNTIDA

Azopardo 579 - Buenos Aires

I

INGLATERRA, SIGLO XVII

OLIVERIO CROMWELL nació el día 25 de abril de 1599, en la pequeña ciudad de Humtingdon, perteneciente al condado de Cambridge.

Hijo de Roberto Cromwell e Isabel Steward, pertenecía a una familia en la que se mezclaba el abolengo aristocrático con un cierto número de modestos comerciantes; y entre éstos últimos se hallaba el propio padre del que fué Protector de Inglaterra, Escocia e Irlanda.

El famoso conde de Essex, a quien concedió cargos prominentes Enrique VIII, tuvo una hermana llamada Catalina Cromwell, la cual casó con un rico cervecero de la ciudad de Wesh. El hijo de ambos adoptó el apellido de la madre para tener la directa protección de su influyente tío, cosa que logró plenamente hasta el

instante en que la historia del conde terminó en una condena de muerte dictada por el rey, por alta traición.

Ricardo —pues así se llamaba el sobrino del noble ajusticiado— fué nombrado caballero, y tuvo un hijo, Enrique, de cuyos diez herederos fué Roberto el que, como más pobre de la dinastía familiar, hubo de volver a la profesión del antepasado cuyo apellido se mantuvo oculto y casi olvidado durante dos generaciones; y por esta razón, Oliverio Cromwell, su hijo mayor, nació en una humilde cervecería de Humtigon y pudo unir a la estirpe aristocrática de su apellido un íntimo y constante conocimiento del pueblo. Lo primero le abrió las puertas de la Cámara y lo segundo le dió las mejores cualidades de dirigente público, no siempre usadas con lealtad.

La infancia de este hombre de Estado, uno de los que más han influido en el desarrollo de la Historia Contemporánea de Europa, tiene singular interés, y para comprender el ambiente en que se deslizó, es necesario dirigir nuestra mirada sobre el panorama de la Inglaterra de entonces.

Durante el siglo anterior, Enrique VIII estableció una forma despótica de gobierno. Hasta tal punto que, cuando el Papa se negó a anu-

lar su matrimonio con Catalina de Aragón, una de sus seis esposas, aprovechó esta circunstancia para separar la Iglesia de la Católica Romana y crear la Iglesia de Inglaterra, llamada anglicana, de la que él era jefe, convirtiéndose de este modo en rey y Papa, con omnímota autoridad sobre sus súbditos, tanto material como espiritualmente. Casi todos los altos dignatarios eclesiásticos aceptaron este nuevo orden por haber sido nombrados por el rey y temer que, si se rebelaban contra la decisión real, perderían sus mandatos; además de que en el anglicanismo dispondrían, como así sucedió, de un alto poder.

El Parlamento, que existía desde el año 1225, era entonces pura ficción, pues los lores —que constituían la Cámara Alta— vivían en soborno constante por parte del rey y los miembros de la otra Cámara, llamada de los Comunes, eran designados por el propio Enrique VIII.

Es decir, no había ninguna libertad, se acababa de imponer una nueva religión oficial, se perseguía a los católicos, los ministros eran simples favoritos del rey y la inmoralidad se apoderaba progresivamente del país.

Aparte de la voluntad de Enrique VIII, interesado en anular cualquier poder que no fuera el suyo personal, un gran número de disci-

pulos de Calvino apoyaron de buena fe la reforma religiosa, pero pronto se convirtieron en enemigos de la nueva iglesia, a la que acusaban, justamente, de despótica, y crearon la secta de los "puritanos", esto es, de hombres que velan por la pureza del dogma y de los procedimientos.

Después de un período de monarquía católica, con María Tudor, la reina Isabel continuó la obra de su padre, Enrique VIII, en la política exterior; debilitó aún más el poder de los barones feudales y defendió a todo trance el protestantismo; sobre todo frente al rey de España, Felipe II, cuyas tentativas de lucha contra la que llamaba "isla hereje" y hasta de invasión del suelo inglés fracasaron enteramente con el desastre de la Armada Invencible, cuyo naufragio hizo decir al rey español, resignadamente:

—La envié a luchar contra los hombres, no contra los elementos.

En el año 1603, o sea cuando Oliverio Cromwell tenía cuatro años, murió la reina Isabel y fué sucedida por Jacobo VI de Escocia, hijo de María Estuardo, primero de los reyes de esta dinastía. Este monarca trató de que la unión de los dos reinos se basara en la comprensión y el orden, pero no pudo conseguirlo, y las luchas religiosas —de una parte entre pres-

biterianos y anglicanos, y de otra entre éstos y los “papistas”, es decir católicos— continuaron y aumentaron.

Después de la guerra de las Dos Rosas, el país estaba en constante pugna con España y se empobrecía, por lo cual la mayor preocupación de Jacobo era hacer la paz. Y con este objeto quiso casar a su hijo Carlos, heredero del trono, con una infanta española. Carlos marchó a Madrid, acompañado por el primer ministro y un nutrido séquito, y permaneció allí medio año.

Pero el Parlamento ya empezaba a adoptar actitudes de rebeldía, y se dice que, precisamente cuando se hallaba el rey ultimando los preparativos para una nueva embajada a España, recibió una visita oficial de miembros de los Comunes, quienes le comunicaron secamente:

—El pueblo acuerda, señor, que el Príncipe se case con una infanta protestante de la elección de Su Majestad.

Fracasaron, pues, sus propósitos, ya que la infanta española era, naturalmente, católica. El rey de España, que quería seguir la lucha contra Inglaterra, utilizó esta coyuntura, y se reanudó la larga y costosa guerra.

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos, crecía, se educaba e iba formando su carácter Oliverio Cromwell. Su principal maes-

tro fué un pastor protestante llamado reverendo Beard, hombre de convicciones honradas y grandes aficiones literarias. De su inquieto discípulo solía decir:

—Nunca he visto una voluntad tan fuerte y apasionada.

Sin embargo, según afirman todos los historiadores ingleses —única cosa en la que coinciden al hablar de nuestro héroe,— el niño Cromwell era rebelde y desaplicado y, si bien comprendía con extraordinaria facilidad, le entusiasmaba abandonar sus clases cotidianas para dedicarse a los juegos violentos. (En el tiempo presente, los alumnos de las escuelas inglesas, como los de todos los pueblos cultos, pueden y deben simultanear ambas cosas; luego Oliverio Cromwell era, en todo caso, un mal alumno de entonces, pero no lo habría sido ahora).

Su fiel maestro componía piezas teatrales y las hacía representar por sus discípulos. En una ocasión, leyó la última que acababa de escribir a Oliverio, lo cual prueba el alto concepto que de él tenía.

—Me gusta —le contestó—, si el papel principal es el mío.

Se llamaba aquella comedia “El combate de la lengua y de los cinco sentidos”, y como todas las escritas por el reverendo Beard, era de

tesis exclusivamente religiosa y en armonía con las fuertes corrientes puritanas de la época.

A los 16 años, Cromwell ingresó en el colegio de Sidney-Sussex, que se convirtió luego en Universidad de Cambridge, hoy una de las dos más famosas del Reino Unido. Continuó demostrando allí sus excelentes condiciones naturales, mas con idéntica irregularidad en sus estudios y un impulso que le alejaba de la cátedra para acercarle a las más variadas y ruidosas diversiones. Naturalmente, su afición a los deportes, lejos de decrecer, aumentó, al convivir con muchachos fuertes y alegres como él, en su mayoría descendientes de la nobleza.

El buen Roberto Cromwell, cervecero de Humtingdon, murió al año siguiente, y Oliverio hubo de regresar a la ciudad natal para ayudar a su madre en la administración de los no muy abundantes recursos de la familia. De sus nueve hermanos habían muerto seis, todos ellos varones, y vivían tres hembras, de menor edad que él y a las que protegió grandemente en el curso de su vida. Los estudios de jurisprudencia, que debía haber seguido en Londres, quedaron cortados de este modo. Oliverio era ya un hombre intelectual y moralmente fuerte, conocedor tanto de la historia de su patria como de las convulsiones internas de un período que parecía des-

tinado a cerrar el despotismo absolutista iniciado por Enrique VIII. Según nos muestran sus retratos de aquella época, era un joven fuerte, musculado, de facciones vulgares y ojos sin expresión.

Cuando murió el bienintencionado Jacobo I de Inglaterra, el menos violento y egoísta de los reyes de la familia Estuardo, Cromwell estaba a punto de cumplir 26 años. Tenía un aspecto grave y discreto. Hablaba reposadamente y, a veces, con ardorosa y desordenada elocuencia, que hacía callar, en admirado corro, a sus futuros electores y soldados, dispuestos siempre a reconocer su habilidad y su sabia predisposición política.

—¡Mal problema —decían— aquel que no acierte a resolver el joven Cromwell!

Conoció en Londres entonces a una hermosa joven, Isabel Bourchier, hija de un comerciante acaudalado, y se casó con ella. “Ninguna mujer —escribe uno de los más populares biógrafos del Protector— sentirá jamás admiración mayor que la que ella otorgó siempre a su esposo, en el que confiaba con amorosa lealtad”. Y el escritor inglés Carlyle hace constar que ella le aconsejaba frecuentemente sobre los más difíciles problemas políticos, como prueban las cartas de ambos, publicadas por el citado historiador.



Conoció a una hermosa joven.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

He aquí, pues, a nuestro héroe dueño de tierras y de una modesta industria, emparentado con una familia de ricos comerciantes de la capital de la nación, familiar también del conde de Warrwick, admirado por todos sus convecinos, clavando su mirada en la escena confusa y grave del principio de un nuevo reinado: Carlos I, el más ambicioso y el más desdichado de los Estuardo; el rey a quien él, Oliverio Cromwell, ordenó decapitar veintitrés años más tarde.

II

LUCHA CIVIL

EL reinado de Carlos I, hijo de Jacobo y casado con Enriqueta de Francia, hija del rey católico Enrique IV, comenzó en momentos en que la agitación religiosa y política era máxima. Un hombre servía de enlace entre el reinado anterior y el de entonces: el duque de Buckingham, consejero del padre y del hijo, personaje novelesco, a quien odiaba el pueblo. El fué el responsable de los mayores errores de Carlos I y dió origen a los ataques del Parlamento, que le consideraba como representante de la nobleza vinculada al rey y autor de las leyes impopulares e injustas que apresuraron la revolución inglesa, primera de las grandes revoluciones modernas de Europa, antecedente directo de la francesa.

El duque de Buckingham se hizo famoso en todo el continente europeo por su frivolidad, su extraordinario lujo y su desdeñoso concepto del pueblo, al que creía incapaz de reacciones fuertes y bien inspiradas. Con motivo del matrimonio de Carlos fué designado embajador plenipotenciario, primero en España y luego en Francia; y en las dos Cortes produjo sensacionales escándalos, al comprometer seriamente la reputación de la duquesa de Olivares, esposa del primer ministro español, y de Ana de Austria, mujer de Luis XIII, rey de Francia. El Cardenal Richelieu, dirigente de los destinos de Francia y profundamente antibritánico, decía de él con sutil ironía:

—Cuando el puritanismo se cubre de diamantes es más fácil de vencer.

Porque, en efecto, el duque de Buckingham era la negación de las corrientes puritanas de la Inglaterra de entonces, que preconizaban la modestia, la sobriedad y la moral. El duque, por el contrario, gastaba un millón de francos en una comida de homenaje a cualquier diplomático de otro país y acostumbraba a dejar caer sus diamantes para ofrecérselos luego a las damas.

Se comprende muy bien que, cuando el pueblo se disponía a rebelarse contra la corrup-

ción de favoritos y ministros, fuese el duque de Buckingham el enemigo predilecto, y que su ostensible figura sirviera de blanco a los ataques de hombres como Oliverio Cromwell, caudillo que predicaba la moralidad pública, y como Vane y John Milton, creadores de la ideología revolucionaria en la isla y cuya vida era un ejemplo manifiesto de desinterés, sobriedad y pobreza.

Sin embargo, Carlos I aceptaba de muy buen grado los consejos del duque, al que admiraba por sus cualidades caballerescas, su desprendimiento y su valor personal.

—Mi padre fué buen rey y mejor caballero —decía a menudo Carlos.

Y en este concepto basaba su política, pues, lo mismo que Jacobo I, dedicaba la mayor parte de sus horas al estudio, la literatura y las artes plásticas, confiando la administración del Estado a quienes la habían desempeñado también en el tiempo de su padre.

—La monarquía es de derecho divino, y Dios no yerra —decía.

Y por sustentar esta falsa creencia sobre el origen del poder real desdeñaba las indicaciones de los parlamentarios, y accedió a disolver el Parlamento cuando sólo llevaba cuatro meses de reinado.

—¿Por qué el nuevo rey disuelve los Comunes? —se preguntaba el pueblo.

Y le respondían los ex diputados:

—Porque estábamos dispuestos a procesar al duque de Buckingham.

Era cierto. El Parlamento Largo, como se denominaba generalmente en aquella época a los Comunes, comenzó a investigar sobre la actuación, la fortuna y los enormes gastos del favorito del rey, y aquél, que acababa de regresar de Francia, aconsejó al monarca la disolución “como primera y aleccionadora prueba de autoridad”.

Coincidió este importante suceso político con una reanudación de las hostilidades contra la Corona española, y el rey, mal aconsejado una vez más, procedió por su cuenta organizando una expedición naval a Cádiz, que fracasó de manera rotunda. Asustado, el favorito aconsejó:

—Convoquemos un nuevo Parlamento, que tendrá bien presente el final del anterior.

Nuevo y aún más grave error, porque los Comunes recién elegidos votan contra él, piden una severa información y expresan su deseo de que el otro Parlamento, el de los Lores, se pronuncie también contra el ambicioso y desconcertado cortesano. Sólo duró cuatro meses —des-

de febrero de 1626 hasta junio del mismo año— y se negó a votar subsidios pedidos por Carlos.

El condado de Cambridge participaba, naturalmente, en todos estos acontecimientos. Oliverio Cromwell tomó parte activa en la formación de la nueva y breve Cámara, pero todavía como elector, cuyo juicio tenía sólida autoridad entre sus convecinos, no sólo de la ciudad de Huntingdon, sino de todo el condado. Por entonces, sus asuntos económicos ofrecían un cariz ventajoso: se hallaba en posesión de una fortuna media, cuidadosamente administrada. Parece como si su designio hubiera sido crearse la posición social y el apoyo político local que precisaba para emprender, como lo hizo años más tarde, empresas superiores.

En las costas de Francia, el puerto de La Rochelle constituía un sólido lugar protestante. El cardenal Richelieu decidió su ocupación. Carlos creyó que con ello se le daba un excelente motivo para paliar, en una guerra contra Francia, la derrota sufrida en la campaña anti-española, heredada, en realidad, de su padre. Buckingham detestaba al cardenal. Reune los barcos necesarios, enrola a la fuerza a unos quince mil hombres y encarcela a los que se oponen a la nueva guerra, Terminados los preparativos,

pide el mando de la expedición, y el rey se lo concede.

Llega a la isla de Ré, situada frente a la costa francesa, y consigue ocuparla, pero la fortaleza, admirablemente defendida por los mosqueteros de Luis XIII, resiste tres meses y medio y obliga a retirarse en desorden, vencido, al brillante cortesano inglés. Por primera vez, Carlos vacila.

Se hará lo que decida el Consejo de la Corona.

Y el Consejo de la Corona, que comprende mejor cuál es la verdadera situación del país, solicita la convocatoria de un nuevo Parlamento de los Comunes.

Así se hace. Pero los propagandistas del rey han perdido tanto crédito con los últimos reveses guerreros (que son siempre los que más fuertemente influyen en los pueblos) que los elegidos acuden a ocupar sus bancas dispuestos a terminar con el duque y a reprimir severamente todos los excesos del poder absolutista.

Transcurría el verano de 1628, en el que se produjeron dos acontecimientos.

Uno: en una calle de Londres, un puritano llamado Felton, casi desconocido, apuñala al duque de Buckingham. Nunca se sabrá si el

asesino obró por su propio iniciativa o a instigación del cardenal Richelieu.

Otro: en el nuevo Parlamento, un diputado procedente del condado de Cambridge solicita se le conceda el uso de la palabra por primera vez para referirse a un proyecto de ley sobre materia religiosa. Habla suavemente, con tímida emoción, con lentitud y casi pasa inadvertido. Se llama Oliverio Cromwell.

•

En esta primera etapa de su agitada vida política, intervino pocas veces de un modo público el nuevo representante popular. Y no porque no hubiera motivos, pues fué entonces cuando la Cámara baja preparó la famosa "petición de derechos", primera ley revolucionaria, que establecía que ningún ciudadano podía ser encarcelado sin motivo legal, ni estaba obligado a pagar impuestos que no fueran autorizados por el Parlamento. Como esta audaz propuesta contradecía los ilimitados derechos reales, dudaron los lores en ratificarla, pero, al fin, lo hicieron, con la salvedad de que continuaba intacto "el poder soberano".

—En las leyes inglesas —respondió orgullosamente la Cámara baja— no es conocido ese poder soberano.

Oliverio Cromwell estaba entre los que aplaudieron y sancionaron esa declaración democrática. Carlos I accedió al principio, pero, ante la eficaz crítica de la Cámara contra la corte y la administración pública, firmó una tercera disolución e instauró nuevamente el poder absolutista, la dictadura del rey. Oliverio Cromwell regresó a su casa, quizá decepcionado del Parlamento, que era impotente cuando el rey quería que lo fuese, y se abstrajo de la política durante un largo período, en el que, sin embargo, ocurrieron muchas e importantes cosas.

Cromwell volvió a su ciudad natal, donde sus convecinos le nombraron juez de paz. Algunos años después, parece —esto no ha podido ser confirmado plenamente— que intentó emigrar a América, cosa que no logró por no concedérsele los permisos especiales que eran menester para trasladarse el Nuevo Continente.

Contrariado, refirmó su voluntad de alejamiento y se consagró a la agricultura en una granja que compró en la isla de Ely, en el lugar denominado Saint-Ives. Y es esta la única parte silenciosa y oscura de su vida.

Se sucedían los acontecimientos en el país. Uno de los hombres más destacados de la oposición parlamentaria abandonó a sus compañeros y se pasó al bando del rey. Se llamaba To-

más Wentwhort, pero Carlos I le dió el título de Strafford y los siguientes cargos: primero, par; segundo, presidente de la corte del norte; tercero, gobernador de Irlanda, y por último, virrey de esta nación. Para tener una idea cabal de los procedimientos de gobierno que siguió bastará recordar que a un abogado puritano llamado Prynne le torturó hasta seccionarle las orejas y que ordenó atar a una carreta al republicano Libourne para exhibirle así, al tiempo que era apaleado, por todas las calles de Londres.

El otro hombre de confianza del rey para su tiránica obra de doce años fué Laud, capellán de la Corte y, luego, obispo de Londres y arzobispo de Cantorbery.

La corrupción de la Corte aumentaba siempre. El desastroso estado de la Hacienda impedía al gobierno a ordenar tributos y más tributos, que alcanzaban no sólo a los pobres, que nada tenían para pagarlos, sino incluso a los comerciantes de buena posición económica, muchos de los cuales se arruinaron rápidamente. Los países enemigos de Inglaterra, que veían la difícil situación de su gran rival, preparaban las mejores flotas. Carlos, que pasaba sin transición de sus explosiones de violento orgullo al abatimiento, quiso aumentar precipitadamente la

marina real, y dictó un nuevo impuesto llamado "tasa de los barcos".

Hubo quien se negó a pagarlo, y este fué un motivo hondo y popular de agitación contra el absolutismo monárquico. Y en estas circunstancias, estalló una insurrección en Edimburgo, capital de Escocia, cuyos habitantes decidieron rebelarse contra el ministro Laud, por su intolerancia religiosa y antipuritana, y proclamar la independencia de la nación, con el apoyo indirecto de Francia. Cuando un oficial acudió a comunicar al arzobispo Laud la gravedad de la situación, el rey recibía, en Londres, una carta del gobernador de Escocia, concebida en estos términos: "Para los escoceses, Carlos I es y será siempre el rey, hijo de Jacobo, que nació aquí. Las agitaciones a que se refiere en su mensaje Su Majestad han sido motivadas por la publicación de algunos libelos católicos, cuyos autores han sido castigados"...

Versión absolutamente falsa y que prueba la detestable información que tenía el rey. En Escocia no tenían ninguna fuerza propia los católicos y, en cuanto a la adhesión al hijo de Jacobo, su alcance estaba señalado en estas palabras de Cromwell, pronunciadas, años antes, en el Parlamento.

—Serán reyes de Escocia los que la comprendan. De todo nuestro territorio, es aquel el más penetrado por la Reforma y el que posee un amor mayor a la libertad bajo el designio de Dios. Cierto que están allí los más leales defensores del rey, pero no todos son tan buenos como para confiar que tengan prosélitos entre los que ellos mismos casi convierten en enemigos.

Lo que estaba claro para un hombre muy alejado de Edimburgo, no lo era, sin embargo, para Laud, aferrado a la forma dictatorial, inquisidor contra la Inquisición. Por eso, tampoco prestó atención a las noticias que le fueron dadas en vísperas de la insurrección:

—Tropas y paisanos juran en común el Covenant.

—¡El Covenant —contestó— lo dicto yo, en nombre del rey!

El Covenant (Convenio) era un documento por el cual se comprometían los escoceses a luchar por la independencia y mantenerla y a adoptar como única religión del país la presbiteriana. Su popularidad era inmensa, tanto como el desprestigio de los anglicanos y el odio al enviado del rey. La revuelta estalló y triunfó. Una madrugada, la multitud se dirigió al palacio de Edimburgo, gritando lo que ya fué, du-

rante muchos años sucesivos, el grito de guerra de los escoceses:

—¡Covenant, Covenant!

Laud, que era un hombre valeroso, intentó calmar a los sublevados hablándoles desde un gran balcón, pero los gritos populares apagaron su robusta voz, que enronquecía diciendo:

—Escoceses: ¡en nombre del rey, en nombre de vuestro rey...!

El clamor era más fuerte:

—¡Covenant, Covenant...!

El palacio fué asaltado, y Laud quedó prisionero. Más tarde, moriría decapitado. Entre los jóvenes oficiales que marcharon al lado del pueblo había uno llamado Lesley, que llegaría a ser el capitán general de las tropas escocesas y a quien sólo pudo vencer un hombre: Oliverio Cromwell.

Apercibido al fin de la situación, Carlos llamó a consulta a Strafford, el ministro de los doce años de tiranía. Y Strafford le aconsejó:

—No podemos creer en treguas de ninguna especie. Su Majestad debe prepararse para una campaña dura y larga. Si es menester, contra Francia también. La Corona precisa una sola cosa: dinero...

—No será mi primer ministro —le contestó amargamente el rey— quien sostenga que la

Hacienda está en condiciones de llevar al país a esa guerra.

—Cierto que no, señor... No lo hay en la caja del Estado, pero existe en la de vuestros súbditos, cuya causa vamos a defender. ¿Cómo pedirselo? Ellos se desgañitan pidiendo otro Parlamento. Convóquelo, señor.

La Corte opina de distinto modo, y el rey es el eterno vacilante. Los cortesanos desconfían de Strafford.

—Es puritano convertido, que odia nuestra alegría...

—Traidor a los suyos, y ahora acaso al rey.

—Cuando gobernaba Irlanda no pensaba en Parlamentos. La palabra la tenía el verdugo.

—Si ese hombre serio y siniestro permite que los puritanos vuelvan a gritar al rey desde los bancos de los Comunes, no serán solamente los escoceses los sublevados.

A pesar de todo, Carlos accede: convoca el Parlamento... y lo disuelve poco después. No ha contentado a nadie: ni a sus incondicionales de la Corte, ni al severo y enérgico Strafford, ni a los parlamentarios, ni al pueblo. Saint John, hombre de mucho prestigio popular opina:

—Bien, bien, muy bien... ¡Hace falta que las cosas empeoren...!

Y Oliverio Cromwell, que ha abandonado su granja y se sienta de nuevo en los Comunes, profetiza:

—Ya nada puede detener el torrente.

Como todo el mundo esperaba, la campaña contra Escocia fracasa. Los soldados no quieren luchar contra sus hermanos. Strafford es partidario de continuar a todo trance. Carlos, aterrado, vuelve a la solución democrática, esta vez por propia iniciativa.

El día 3 de noviembre de 1640 se reúne el nuevo Parlamento, en el que la oposición es mayoría neta. Tan pronto termina el juramento protocolario, los más exaltados gritan:

—¡Nos han enviado aquí a pedir la cabeza de Strafford!

El tumulto es enorme. Cromwell hace oír su robusta voz para aconsejar una obra serena y eficaz y pedir que se abra un proceso público contra el primer ministro. El antiguo puritano, Strafford, contagiado de los hábitos de la Corte, lo comenta con desdeñosa cólera:

—¡Quiere ir lejos ese cervecero!

Pero lo cierto es que “el cervecero” y sus colegas de legislatura reclaman, en efecto, su cabeza... y la consiguen. El rey recibe una larguísima lista de cargos, que la Cámara Alta, la

de los Lores, ha tenido que suscribir. El primer ministro es decapitado.

Entonces sucede una cosa curiosa. Los cortesanos, los Caballeros, como se les llama en todo el país, que habían combatido sin tregua a Strafford, le convierten después de muerto en figura propia, en mártir. Son ellos, en realidad, los que más hacen por empezar la guerra civil. Vienen de York, de Gales, de Oxford a la capital y galopan insolentemente por las calles arrollando a los grupos nutridos de hombres enlutados que comentan y rezan.

—¡Aparta, Cabeza Redonda! — gritan.

Los puritanos llevan la cabeza afeitada, y esto provoca las burlas de la nobleza adicta al rey. Alguna vez, un Caballero es arrancado de su silla, y aparece el cadáver, días después, en el Támesis.

El Parlamento realiza una activa labor. Verdaderamente desequilibrado, sin saber qué hacer, Carlos I atiende las difamaciones cortesanas contra los parlamentarios y reclama a los Comunes:

—¡Acuso de alta traición a un lord de la Cámara Alta y a cinco miembros de los Comunes!

Los inculpados huyen, para evitar ser arrestados por oficiales Caballeros. Uno de ellos es

Hampden, el hombre que se negó a pagar la "tasa de barcos", agitador permanente, buen orador y primo de Oliverio Cromwell, que lo utilizará hábilmente muchas veces. El otro, Pym, es también muy popular. El pueblo y buena parte de la tropa los trae a Londres en triunfo sin que nadie se atreva a arrestarlos. Es la señal, el desafío, el grito definitivo contra la realeza absolutista.

Una noche, abandona la capital una caravana de carrozas, escoltadas por más de doscientos Caballeros, que marchan a todo galope. Trasponen las puertas amuralladas, cruzan el Támesis y corren hacia el norte, sin detenerse. De madrugada, se expande la nueva e increíble noticia:

—¡Ha huído el rey!

No, no ha huído. En un último gesto de energía, que arrastrará a la nación a una guerra de nueve años, ha ordenado la salida de la Corte hacia el Norte, donde sus partidarios son más abundantes que en el resto del territorio. Ocupa un castillo, redacta nuevos nombramientos, declara que desconoce y niega la pretensión de los Comunes de poseer una guarnición propia, más que como seguridad como símbolo de soberanía sobre el Ejército, y clava un desafiante estandarte:

“Devolver al César lo que es del César”.

El Parlamento se reúne en un ambiente febril y juzga el momento.

—Sólo esta Cámara puede tener mando supremo sobre el Ejército de la nación — proclaman los diputados.

Así se acuerda. Va a comenzar la guerra civil. Carlos, por su parte, reúne a sus gentiles-hombres y les habla en lenguaje militar:

—Yo y el príncipe Roberto os dirigiremos a la reconquista definitiva de nuestra ciudad y de nuestros privilegios reales.

El príncipe Roberto es un joven, excepcionalmente valeroso, pero inexperto, que aguarda desde hace tres años el momento de cargar, a la cabeza de los brillantes Caballeros, contra los desconcertados Cabezas Redondas.

—¿Con qué van a defenderse? Los oficiales están con nosotros. No tiene ejército el Parlamento, ni dispone de un solo jinete.

Pero tiene hombres como Cromwell.

III

CROMWELL, GUERRERO

LA autoridad del Parlamento sobre la milicia era, en realidad, más ficticia que real. El rey, en cambio, contaba con sus Caballeros, gran número de oficiales y expertos jefes, veteranos de las largas guerras anteriores. Su sobrino, el príncipe Roberto, organizó con rapidez una especie de tropa de choque, compuesta de gentes de dudosa moral, que combatía con tal de hallar un buen botín, pero que, por ello mismo, tanto le daba la causa realista como la popular. Por tanto, el Parlamento necesitaba recursos y hombres para formar un fuerte ejército y poderle oponer, en condiciones de relativa igualdad, al del monarca. El hombre que se encargó de esta magna tarea fué Oliverio Cromwell.

Lo primero que hizo fué sacrificar las cien mil libras esterlinas que poseía y que entregó al Parlamento como generosa contribución a los gastos de la guerra civil.

Seguidamente, acudió a Cambridge, su condado. Las amistades logradas durante su vida en Humtingdon, la confianza depositada en él por miles de convecinos, la autoridad ganada como equitativo juez de paz, su conducta como miembro de los Comunes y su rasgo de ayuda económica al partido del Parlamento fueron otros tantos motivos de simpatía y de adhesión hacia él. Uno por uno, fué hablando a nobles, comerciantes, montañeses del condado, para incorporarlos de un modo activo a la lucha. A este le sugería una entrega de dinero; al otro, le instaba a enrolarse voluntariamente. . . Su popularidad alcanzó pronto un alto nivel, y pudo constituir, bajo su mando, una primera compañía de sesenta hombres; luego, dos; y luego otras dos; y al fin, lo que deseaba fervorosamente: una disciplinada tropa de caballería.

Cromwell sabía bien en qué consistía la superioridad militar de los realistas. En aquellos tiempos, la tropa de caballería era el elemento decisivo en todas las batallas, y el rey Carlos disponía de abundantes fuerzas de esta arma. Los parlamentarios, militarmente débiles, no podían

evitar que sus soldados se desmoralizaran al aparecer la brillante legión de los jinetes realistas, que asaltaba a la infantería adversa, la desorganizaban y perseguían implacablemente.

La primera batalla de la guerra, la de Edge-Hill, librada el día 23 de octubre de 1642, terminó con ventaja para los realistas por la razón apuntada. En esta batalla, Cromwell tuvo una actuación excelente, ya que conservó su sangre fría y resistió con sus escasos hombres las furiosas acometidas contrarias.

Era aún un oscuro capitán, que entraba en fuego por vez primera, lo mismo que sus hombres. Formaban parte del flanco más prontamente atacado por el enemigo. Repentinamente, aquellos hombres graves, un poco ausentes de la sangrienta realidad, que componían su escasa tropa, vieron ante sí el alud de mil colores, centelleante en las espadas desnudas, ruidoso en el galope de los caballos, brillante de ademanes guerreros, incontenible, poderoso, abrumador, y, sin excepción, temblaron, sepantados. Algunos, cayeron instintivamente de rodillas. Cromwell, se irguió, delante de todos, con una arenga apresurada, pero eficaz, que concluyó:

—¡El Señor está con nosotros!

La escaramuza tuvo momentos de suerte alternada, y los soldados de la compañía de

Cromwell no abandonaron el campo hasta el instante en que todo el ejército parlamentario cedió lugar al realista, ganador del primer encuentro.

La falsedad que hicieron circular entonces los enemigos del improvisado guerrero, según la cual él presenció el combate desde lo alto de un campanario y huyó al ver el triunfo realista, ha sido desmentida categóricamente por los testigos presenciales de la refriega.

En los dos meses que faltaban para concluir el año, realizó una utilísima y tenaz labor de organización militar.

“El campamento de Cromwell —se ha escrito— era también, desde los primeros días de la campaña, una escuela. El jefe brillaba como maestro religioso, político y militar de sus hombres; de los cuales ninguno habría dicho: no, si se le hubiera pedido morir por su jefe. Y empero, la distancia histórica entre estos combatientes bisoños y los que, al final de la guerra, jugaban a los dados su propia vida, era mucho mayor que la que medió entre el Cromwell-guerrero de entonces y el que había de ganar todas las batallas decisivas”.

Imaginemos la escena en un bosque del oeste de la Isla, en víspera de cualquiera de los combates que se libraron al año siguiente. Sen-

tados alrededor de una hoguera, a mano la inseparable Biblia protestante de cada soldado, Cromwell, habla a su gente militar:

—Nuestra ventaja sobre el poderoso enemigo —les dice— radica en la disciplina. Las tropas del rey nunca podrán tener disciplina, pues se componen de cortesanos disolutos, sin temor de Dios ni hábitos de sacrificio, y por vulgares y cobardes bandidos. La arrogancia de los Caballeros terminará pronto. Nosotros, en nombre del pueblo y de Dios, crearemos nuestra propia Caballería... La Caballería de los Cabezas Redondas.

Los soldados no tenían armaduras completas, sino solamente coraza y casco, y por esta razón fueron llamados, más tarde, los “Costillas de Hierro”. Llevaban una larga espada y dos pistolas, y a diferencia de sus enemigos, no lucían adorno alguno en el sobrio uniforme. A pesar de su inexperiencia e incluso de su temor, Cromwell confiaba en ellos, pues decía a menudo:

—El mejor soldado es el que sabe por qué combate, y ama lo que sabe.

El año 1643 fué malo para los partidarios del Parlamento. Uno de los dos Ejércitos del rey

consiguió llegar hasta las cercanías de Londres, dispuesto a entrar en la ciudad.

El príncipe Roberto instaba a Carlos a no demorar la conquista:

—Tenemos en la mano la victoria definitiva, señor. Ni una sola vez hemos tenido que retroceder. Los ejércitos improvisados por el Parlamento vagan por el territorio sin atreverse a presentarnos batalla decisiva. Estamos ante la ciudad del rey.

Carlos no acepta el plan contenido en estas palabras.

—Aún no es tiempo, Roberto. Esperemos lo necesario para que nuestra entrada en Londres sea una victoria sin sangre inglesa. Si el ejército del marqués de Newcastle, aparece mañana, será mañana el día. Ya habrá recibido los dos correos especiales que le envié.

El príncipe insiste:

—¿A qué esperar más? Mis caballeros entrarían, ellos solos, sin que nadie les opusiera resistencia.

Newcastle, por su parte, no quiere unirse al otro ejército del rey, como se le ha ordenado. Después de una serie de triunfos sobre las débiles fuerzas enemigas se ha instalado en su condado, York, donde no hay otra autoridad que la suya. Si marcha sobre Londres, será un jefe

más, apreciado por Carlos, pero sometido a las insidias de la Corte; quizá alcanzado por las peligrosas difamaciones de los demás jefes, tan ambiciosos como él. Por el contrario, si espera, durará aún la lucha civil y podrá acreditar nuevos servicios ante Carlos, que ya no tiene a Buckingham, ni a Strafford, ni a Laud...

Lord Fairfax, uno de los jefes del ejército del Parlamento, acaba de ser derrotado en el Lancashire, y Waller, el otro jefe, ha visto destrozadas sus tropas.

—Nos salvará un milagro — se dice en los Comunes.

El milagro se llama Cromwell.

Hacia el mes de mayo, dos de los ejércitos enemigos maniobran de modo que llegan a avistarse en el campo de Grantham. La batalla empieza muy de madrugada, con la táctica habitual del rey: cargas repetidas de su caballería hasta desconcertar a las dos alas del ejército enemigo, y un empuje final, con todas las fuerzas disponibles, sobre el centro. Triunfan los Caballeros al primer asalto. Ceden una tras otra sus posiciones los parlamentarios, con abandono de sus diez piezas de artillería, rodeadas de pronto por los ágiles caballos del rey.

Pero surgen los Costillas de Hierro, Cromwell al frente, seguro, magnífico, acometedor.

Tiene ante sí a un enemigo doblemente superior, aislado de su vanguardia por el rápido avance de ésta. Y carga impetuosamente, a galope tendido, incontenible.

La infantería realista vacila, pues es la primera vez que actúan ante ella los Costillas de Hierro. Confusión, polvo, armaduras de bronce sobre los arcabuces dispersos. . . Cae uno de los jefes. Se repliegan los infantes, acorralados y perseguidos de cerca. Es también la primera desbandada del Ejército real. El Parlamento —Cromwell— ha ganado su primera gran batalla.

Ascendido rápidamente —capitán; luego, coronel. . .—, a principio del año 1644 fué designado teniente general de un ejército en el condado de Manchester. Entonces, el Parlamento tenía ya cuatro ejércitos, mandados por Fairfax, Essex, Waller y Manchester, y el rey, solamente dos: uno, bajo su dirección personal, y el otro, al mando del príncipe Roberto, que cada vez se conducía más imprudentemente. El rey fué sitiado en Oxford y pudo escapar, y enseguida, se produjeron situaciones alternadas; algunas, como la marcha sobre Cornuailles, de Essex, desfavorable a los parlamentarios, y otras, contrarias al rey. Se acercaba la batalla de Marston Mor.

—Hay que ser jefe no sólo durante la batalla — decía Cromwell.

Y eso procuraba él: que sus soldados le sintieran como jefe experimentado y leal en los instantes sin combate. Para ello, poseía cualidades admirables.

Conversaba con oficiales y soldados; atendía sus quejas y aún sus opiniones personales sobre la campaña; no establecía diferenciación alguna respecto a las creencias religiosas de los soldados —“Todos pensamos en Dios y luchamos por la libertad”— sostenía; compartía cuidadosamente las penalidades, sin valerse de su posición de jefe para vivir con mayores comodidades, etcétera... Por otra parte, solía acudir al Parlamento en su calidad de diputado e intervenir con su palabra segura y ademán firme en las más importantes discusiones. De modo que su popularidad crecía, tanto en las filas, ya aguerridas, gracias a su esfuerzo, del Ejército, como en el pueblo mismo; singularmente entre los llamados “Independientes”. En fin, su actitud con los escoceses, aliados del Ejército inglés parlamentario para luchar contra el rey, le procuró también su amistad.

Batalla de Marston Moor. Los dos ejércitos se han avistado la noche anterior, han tendido sendas líneas de vigilancia y aguardan el

día para chocar con violencia. La infantería real está apostada en el centro de la gran curva que forma el ejército conducido por Carlos, y los cañones tienen conferida la misión de contener a la caballería parlamentaria cuando ésta cargue. En el ala izquierda, los jinetes del príncipe, emboscados entre los árboles, se disponen a dar un golpe fulminante que decida en el primer minuto el encuentro.

Cromwell, en el campo contrario, instruye a sus hombres para la gran jornada que se aproxima. Se dirige luego a la tienda del jefe del Ejército. Cromwell cabalga despacio, pensativo, y ve cruzarse bruscamente ante él dos arcabuces vigilantes:

—¡Consigna!

—¡Libertad por la gracia del Señor!

—Con él estamos, lord Cromwell. ¿Su señoría busca al generalísimo?

—Así es. Quiero hablar con lord Fairfax.

—El lord general duerme, señor.

Cromwell no simpatiza abiertamente con Fairfax, pero le parece el más tolerable de los jefes del ejército parlamentario. Essex es un hombre sin convicciones profundas, lo que le lleva con frecuencia a la duda y el temor, aunque personalmente sea uno de los más valerosos guerreros de la época. Waller es un vencido,



Cromwell cabalga despacio, pensativo...

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

un hombre sin capacidad de mando, que “ni sabe lo que piensa el soldado ni el soldado puede confiar en lo que piense él” (son palabras de una carta dirigida por el futuro Protector a su esposa, Isabel Bourchier). Manchester tiene ambición, lo que, para Cromwell, es bien disculpable, pero le falta talento, imposible de suplir con una energía extemporánea. Fairfax es el mejor: sereno, firme, bravo. Si tuviera audacia y pensara menos en la divinidad de la realeza, “sería casi perfecto”. Y por entonces, Cromwell lo es.

—Es lástima que el lord general duerma. En todo caso, se duerme mejor después de la victoria, y esto disculpa que turbe su sueño.

A veces es irónico; con una ironía sin matiz, que entienden los soldados y desarma a los enemigos parlamentarios.

—Quiero prever con Vos mi actuación de mañana —hace observar, respetuosamente, al lord general.

—Estaban mis instrucciones en el pliego que os hice recibir por Manchester —le contesta con cierta dureza Fairfax.

—Conozco vuestras instrucciones, y mis hombres las seguirán al pie de la letra. Pero esos son nuestros propósitos, y yo quería hablar de los del enemigo.

—Yo los ignoro...

—Y yo los adivino —corta con sequedad Cromwell.

Militarmente, tiene razón. El ejército realista ha probado suficientemente su regularidad en la acción y en la táctica. Se obstina en confiar su triunfo a lo que, al principio de la guerra, le dió franca superioridad sobre las filas parlamentarias: los ataques repentinos de la caballería. Justamente, Cromwell se ha transformado en jefe de la caballería contraria, y esto no es una cosa casual. Lentamente, seguro de lo que va afirmando, describe a lord Fairfax el plan del enemigo. Sabe cuál es su fuerza con exactitud, meticulosamente, porque ningún detalle puede pasar inadvertido para este hombre metódico y frío, que sabe por qué lucha y ama lo que sabe.

Aunque la sorpresa estaba ya descartada, la violencia de la acometida de los caballeros realistas fué tal que el ejército parlamentario vaciló desde el último soldado hasta su jefe máximo... excepto Cromwell, que había previsto el golpe. La caballería enemiga se abre en dos alas y ataca sin tregua. Se suceden las filas de espadas iguales, cascos brillantes, cintas y banderas reales. Prende el pánico y se quiebra con explosión de fuga la resistencia de los demócratas. Caen, acuchillados, muy buenos jefes.

Fairfax ha tenido que replegarse con su séquito. Dirige su angustiada vista a todos los ángulos de observación posibles.

—¿Y Cromwell?... ¿Y Cromwell?...
¿Qué espera?

Parten a su encuentro veloces oficiales de enlace. La artillería ha cesado de tirar. La infantería se desbanda definitivamente, perseguida —y alcanzada— por los furiosos coraceros enemigos. Roberto desciende de su caballo y corre a ponerse al frente de la infantería para dar con ella el golpe decisivo. ¿Qué espera Cromwell? Ya, nada. Surge cuando los ataques sucesivos, como en la batalla de Grantham, empiezan a agotar al enemigo. Despliega al galope a sus Costillas de Hierro y dibuja una curva sobre el terreno para alcanzar por un flanco a la infantería del rey, que no esperaba esta tremenda sorpresa final; que ha creído que los jinetes “cabezas redondas” que se distinguían a lo lejos, huyendo, al principio de la batalla —y a los que el propio Cromwell ha ordenado retirarse, con propósitos de simulación— eran los temibles coraceros que acuden ahora con furioso empuje, con fuerzas físicas inéditas. El príncipe es valeroso: sale al encuentro de sus enemigos, desmontado, desnuda la espada. Cromwell se adelanta a sus tropas. Varias lanzas y sables le alcanzan

en las manos y en un hombro. La resistencia es ahincada y firme. Pero va cediendo hasta dejar el campo lleno de jirones, metales y muertos, a los vencedores. El primer esfuerzo realista ha sido inútil. Se rehace, entusiasmada, la infantería de Fairfax y corre a flanquear a Cromwell, que, otra vez, ha ganado la batalla y se permite olvidar su orgullosa seguridad del día anterior para orar fervorosamente, de rodillas, al lado de sus hombres.

Para la ciudad de Londres, para el Parlamento, que empieza a temerle, para el ejército es ya el héroe. Y entra triunfalmente en la capital, donde se grita:

—¡Viva Cromwell, el vencedor!



El rey trató de llegar de nuevo hasta Londres y provocó con este objeto la batalla de Newbury, que terminó con su retirada, pero en la cual la indecisión de Manchester, del que era lugarteniente Cromwell, impidió que se consiguiera la destrucción total del ejército de Carlos. Como este hecho coincidió con una cierta división de las filas populares, por motivos religiosos, Cromwell aprovechó la ocasión para luchar contra su jefe militar acusándole en plena Cámara de los Comunes por no haber consumado la victoria de

Newbury. Manchester se defendió y trató de cercar a Cromwell, con el apoyo de los más exaltados presbiterianos. Entonces, el jefe de los Costillas de Hierro hizo que un grupo de diputados "independientes" presentaran una proposición para que el Parlamento acordase prohibir a sus miembros el desempeñar cargos militares o civiles durante la guerra.

Era la primera maniobra política de Cromwell, y la llevó a cabo pensando sin duda que así como la nueva ley determinaría el cese inmediato de Manchester, a él, aún siendo diputado y jefe militar, no se atreverían a aplicársela, en virtud de sus resonantes títulos.

No obstante, ofreció su renuncia como un acto de disciplina, pero, al mismo tiempo, intrigó para que la ciudad de Londres pidiese que se hiciera una sola excepción: la suya precisamente; que, además, fué apoyada por el que quedó de único jefe del ejército, lord Fairfax, que consideraba a Cromwell insustituible en el mando de la caballería. Por consiguiente, la maniobra triunfó.

El 4 de junio de 1645 ocurrió la batalla de Nasbery, decisiva para el triunfo de los parlamentarios en la guerra civil.

Se hallaban frente a frente la inmensa mayoría de los efectivos militares de ambos bandos,

pues de una y otra parte se buscaba el final de la contienda, en la que ya habían perecido multitud de hombres. Los dos ejércitos se dispusieron de manera que la infantería real, mandada por el propio Carlos I, ocupaba el centro, frente a la de los parlamentarios, a cuya cabeza estaba, como de costumbre, lord Fairfax. En las dos alas, la caballería: Roberto a un lado y Cromwell al otro.

Ataca el príncipe, rebasa las líneas y destroza a sus jinetes sobre los cañones enemigos, en tanto que Cromwell, repitiendo exactamente la maniobra de Marston Mor, esquivo a su rival para lanzarse luego sobre la infantería realista y simultáneamente preservar a la de Fairfax. Una vez más, triunfan la previsión, el cálculo militar, la disciplina, la elección del momento sobre la impetuosidad irreflexiva.

Virtualmente, ha terminado el reinado de Carlos I y ha prevalecido la revolución, con la que también acabará Cromwell. El rey emprende una amarga peregrinación por distintas provincias, ya casi sin servidores y amigos, pues la mayor parte de ellos han sido hechos prisioneros y otros se refugian en el extranjero tratando de salvar restos de una fortuna hecha en la corte con las exacciones y atropellos que han enfrentado al pueblo y a Carlos.

La reina está en Holanda. Cree que aún es posible continuar la lucha, exterminar a los "cabezas redondas", por los que siente singular aversión, y mendiga ayuda en todas partes. Francia se abstiene de cooperar en la empresa porque intuye quién será el vencedor. La reina inglesa vende sus joyas en su perpetuo e inútil empeño de allegar recursos. Envía a sus acompañantes, secretamente, a Edimburgo y a Dublin, tratando de lograr alianzas con irlandeses o escoceses. Los primeros, por su ideología, enemiga de los puritanos, y los otros, por lo que la reina cree que sigue existiendo: la adhesión a los Estuardo. Todo fracasa.

Cromwell mientras tanto piensa en la paz. Considera que la mayoría del pueblo guarda fidelidad al rey y que es posible arrancar a éste tales concesiones que el Parlamento sea la máxima y decisiva autoridad, con mando directo sobre las tropas reales.

Entre los parlamentarios hay opiniones distintas sobre este asunto. Los Independientes, como partidarios de la libertad de conciencia en lo religioso, sostienen que debe llegarse a un entendimiento nacional, basado en la libertad y en las leyes del reino. Los puritanos quieren ir más lejos, y se manifiestan republicanos en cuanto a la forma de gobierno, reprochando a

Cromwell que no sea leal a sus antiguas convicciones; pero Cromwell, vencedor en difíciles batallas, está ya ganado por una fuerza humana que se llama ambición. Pactará con el rey si ello favorece su situación personal; si no, no.

El día 5 de mayo de 1646 el ejército escocés, aliado del parlamentario, está acampado al norte del país, cerca de la frontera. Los combatientes, diseminados, cantan, duermen o rezan. Sobre la tienda del jefe, la bandera tiene la inscripción que ha puesto en pie a Escocia: "Covenant". Los centinelas dormitan en sus puestos. No hay enemigo en muchas leguas. El ejército de Carlos se ha transformado en partidas que discurren por el país sin plan ni esperanzas. Llevan los escoceses muchas semanas de inactividad y sueñan con el momento grato del regreso. A medianoche, tres caballeros se acercan a galope hacia el campamento.

—¡Alto al Ejército de Escocia!

Se detienen los caballos, y el oficial de guardia en aquel lugar demanda la consigna, que es "con el Convenio y con Dios". Ninguno de los caballeros la sabe. Callan los tres. El oficial desenvaina la espada y se acerca.

—¿Quiénes sois?

Silencio. Los tres caballeros se acercan. El de más edad desciende del caballo, se desemboza

de la larga capa oscura que lleva y se acerca de prisa. Le reconocen cuando se despoja del sombrero de pluma.

—¡Señor!

Corren los soldados a comunicar la enorme noticia. El rey, Carlos Estuardo, hijo de Jacobo de Escocia, se ha entregado.

—Si alguien ha de tomar mi espada, que ellos sean mis fieles escoceses —dice al jefe de la fuerza.

—Guardadla, Señor, y permitid que nosotros conservemos las nuestras —le responde, entre orgulloso y humillado.

La información galopa sin descanso hacia el Parlamento de Londres, y quien primero la tiene es Oliverio Cromwell, que acude a la reunión con un plan perfectamente madurado. La sesión tiene perfiles de sensacionalidad. La opinión casi unánime es que se debe exigir al ejército escocés la entrega del rey. Cromwell sabe que los escoceses rechazarán la petición por motivos de honor. El y sus amigos, después de la respuesta negativa, envían a Carlos unas propuestas de paz, que el rey tiene la debilidad de rechazar, siempre con la esperanza de que la división política entre sus enemigos y el apoyo, no sabe de quién, le dará la victoria, y con ella,

la ocasión de castigar a los revolucionarios ejemplarmente.

Antes de transcurrir un año, el ejército escocés decide su retirada y, al partir, entrega al rey, al que se le da como residencia el castillo de Hombly. Y es entonces cuando se produce la segunda gran maniobra política de Oliverio Cromwell.

En la noche del 3 de junio, un corneta llamado Joyce penetra en el castillo y dice:

—Soy un enviado autorizado del Ejército y vengo por la persona del rey.

—Y no solo... —agrega mostrando desde una ventana el destacamento de setecientos hombres que le aguarda.

Carlos I es advertido por su carcelero y huésped de la extraña visita. Su orgulloso gesto de la presentación ante los escoceses ha degenerado en profundo abatimiento y temor. Pide que Joyce, desconocido para él, sea llevado a su presencia. Su juventud, su aspecto plebeyo, la ausencia de insignias de mando sobre el uniforme, irritan al monarca.

—¡No puedo dialogar con este soldado! —declara a su asustadísimo guardador.

—Vengo en nombre del Ejército... Autorizado por el Ejército —repite, impertérrito, el corneta.

El rey pide que le muestre los sellos del Parlamento, la orden militar, algo que dé pres-tancia oficial a la reclamación. Pero Joyce tie-ne un solo argumento. Cromwell ha preparado sabiamente el golpe, de modo que no se advier-ta quién es el organizador. Su yerno, el joven general Ireton, de gran prestigio entre los ofi-ciales, ha seguido sus consejos con discreción y habilidad.

Carlos tiene que acompañar al mensajero, al advertir la tropa que le acompaña. Aún no acierta a creer que se trame nada atentatorio contra su persona, pero teme la humillación porque le resta grandeza.

Es conducido a Newmarket.

El asunto va al Parlamento con gran escán-dalo. Cromwell es acusado de alta traición, aun-que nada concreto puede probársele. Abandona el recinto. Corre a Cambridge, donde está el grueso del Ejército, y regresa a Londres como si fuera un conquistador, acompañado por los or-ganizadores directos del secuestro del rey. Ha organizado el golpe para poder ofrecer al rey sus propias condiciones de paz y probar el po-der del Ejército a Carlos y al Parlamento. Con esta doble advertencia, al margen de Fairfax, que, en teoría, sigue siendo el generalísimo, na-die podrá alzarse ante él en lo sucesivo. Ha ga-

nado la guerra y trata de administrar, él mismo, la victoria. Las propuestas de paz urdidas por los presbiterianos exaltados no las comparte, ni le interesan.

Sin embargo, esta vez se equivoca, pues Carlos, que ha recibido noticias de un próximo apoyo por parte de los escoceses, rechaza también la oferta del vencedor de Nawbery. Cromwell comprende que ha errado el camino y rectifica inteligentemente. El rey no le nombrará comandante general después de firmarse la paz; luego no hay por qué hacer la paz. Va al Parlamento, reúne a sus enemigos políticos y se reconcilia de una manera teatral en una escena preparada con habilidad de comediante, tras de diez horas de religioso ayuno y “búsqueda del Señor”.

—El soldado es mejor si sabe prever —repite con frecuencia.

Y para prever, él ha creado una red de vigilantes que, tanto en el Ejército como en las ciudades y en el Parlamento, le informa de lo que se dice y hasta de lo que se piensa. Esta gran ventaja sobre sus rivales le permite marchar siempre delante de ellos.

En la frontera anglo-escocesa dos hombres saltan al camino real y detienen a uno que marchaba a caballo, a galope tendido, hacia el

territorio vecino. Es un correo. Sobre él, lleva cartas de secundaria importancia. Los que le han asaltado y le mantienen bajo la amenaza de dos pistolas, registran pacientemente. En el arzón hallan al fin un sobre cuidadosamente lacrado. En el papel que guarda hay una firma muy conocida de Cromwell: "Yo, Carlos". El rey desnuda en esta carta su pensamiento. No piensa hacer transacciones, sino simularlas. Y lo ha escrito con estas mismas palabras y ha agregado adjetivos duros para calificar con su apasionada ceguedad a los jefes parlamentarios, a los que tiene declarada "lucha a muerte".

Escocia acuerda ayudar al monarca después de haberle hecho la guerra durante varios años. También lo sabía Cromwell, que esperaba este momento.

—Ha llegado la hora de que el Parlamento rompa toda relación con el rey —pide en los Comunes.

Así se aprueba. Y ello significa el final de la monarquía, la primera declaración republicana oficial. Cromwell se dispone a marchar, Manchester sigue siendo partidario de un pacto a todo trance.

—Si derrotamos al rey noventa y nueve veces, aún será rey, y como tal le reconocerá la posteridad; al paso que si él nos bate una

sola vez, todos seremos ahorcados, y nuestros hijos serán esclavos.

—Entonces, ¿para qué hemos tomado las armas? —le reprocha Cromwell.— ¡Firmemos de una vez la paz, por vil que sea!

La paz, y un Gobierno puritano bajo el rey —concreta Manchester.

—¡La guerra hasta aniquilar al rey! —anuncia, resuelto, Cromwell.

La nueva campaña es corta. El invencido guerrero rodea fácilmente, tras de arrollarlas, a las tropas que se le oponen. Los presbiterianos, que han tenido que confiar a Cromwell la defensa de la causa, quieren vencerlo con una habilidad política: tratan de revocar el acuerdo de ruptura de relaciones y entablar nuevas negociaciones de paz con Carlos. Cromwell confía a Ireton su nuevo golpe. El rey es arrestado otra vez por soldados del futuro Protector, en la isla de Whigt, adonde había escapado... cuando Cromwell lo creyó oportuno. Al tiempo, un tal coronel Pride llega a la puerta de los Comunes y admite o rechaza a los diputados que van llegando, hasta convertir el Parlamento en una reducida fracción.

El pueblo busca y encuentra en seguida un nombre adecuado a la nueva y pequeña Cámara: —The rump.

Es el Parlamento-rump, el parlamento-rabadilla. El rey va a ser juzgado. Oliverio Cromwell se ha acostumbrado ya a decidir los destinos de Inglaterra: sueña con ser su único amo y crear el imperio.

IV

“QUEDA ABOLIDO EL OFICIO DE REY”

LA lucha no terminó en ninguna de las ocasiones en que el rey estuvo prisionero del Parlamento, pues los restos de sus tropas siguieron hostigando a las del pueblo, hasta convertirse en simples partidas armadas de escasa fuerza y fáciles de dispersar por el ya poderoso ejército parlamentario.

El duelo entre el rey Carlos y Oliverio Cromwell tocaba a su fin. Y se puede llamar duelo porque el Parlamento, como hemos visto hasta ahora, nunca tuvo una opinión decidida y unánime acerca de su relación con el rey, ni siquiera cuando éste se hallaba batido en toda la línea. Las palabras de Manchester que hemos transcripto dan idea de la confusión que predominaba en cuanto a la futura forma de gobier-

no de Inglaterra, pero Cromwell no, no vacilaba, una vez tomada la determinación que fue, empujado por razones de ambición personal: después de la breve guerra contra Escocia, última aliada de Carlos, decidió procesar al monarca y terminar con el reinado de los Estuardo.

Naturalmente, la guerra civil, que duró nueve largos años, no se redujo a este duelo: tenía motivos más hondos. Era, en una palabra, la rebelión del pueblo inglés contra el régimen tiránico y absolutista, contra los malos ministros, que cargaban al pueblo de tributos y ni siquiera eran capaces de continuar la obra imperial de Enrique VIII, tirano, pero patriota. Mas sobre esta lucha y sus motivos sociales estaban el rey y Cromwell. Aquél, deseoso de salvar el poder a cualquier precio porque lo consideraba patrimonio de origen divino, y Cromwell porque quería llevar hasta el fin su caudillismo, mitad por motivos sinceramente patrióticos y mitad por ambición personal, aunque rara vez se armonizaban ambas cosas. El vencedor en este duelo era sin discusión Cromwell. Digamos brevemente por qué.

Primero, porque se apoyaba en la voluntad y los anhelos del pueblo, desde los artesanos hasta parte de la nobleza, comprendidos también y en lugar principal las gentes más cultas y capa-

ces de aquella época. Y segundo, por sus cualidades personales, a las que unía la gran experiencia de su vida. En su juventud había sido, como hemos visto al principio, un estudiante díscolo y alegre. Más tarde, vivió once años en un ambiente modesto, tratando continuamente al verdadero pueblo en su condado de Cambridge, y conoció los afanes, los fracasos y las angustias del agricultor. Como oscuro diputado de los Comunes aprendió el mecanismo de las luchas políticas, y algo aún más importante: cómo manejar a cada hombre y cómo emplear las armas de la elocuencia, la dialéctica o el soborno. Estudiante, agricultor, juez, soldado, caudillo militar y jefe de un gran partido, ninguna actividad le era extraña y había aprendido a escuchar, comprender y decidir.

Carlos I, a quien ningún historiador acusa de maldad, a pesar de sus enormes errores, fué justamente lo contrario. Nació príncipe, en una Corte en la que la extremada debilidad de su padre, Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra, había tolerado e impulsado la inmoralidad de los cortesanos, cuyo más célebre ejemplo fué el duque de Buckingham. La única convicción que mantuvo honradamente fué la más falsa de todas: el rey lo es por decisión divina. No conoció las experiencias de una vida dura hasta

que anduvo errante y vencido, es decir, cuando ya nada tenía remedio. Careció en absoluto de buenos consejeros y, cuando llegó a encontrar uno que lo era con evidente buena intención, el conde de Strafford, cayó en el despotismo. Intentó guerrear contra España y después contra Francia, sin preparar al pueblo y aún contra la voluntad de éste. Y lo que es todavía peor, toleró que ministros venales u obcecados persiguieran y torturaran a los hombres que tenían la confianza pública.

Cuando recibió la última comisión del Parlamento, en la isla de Wight, trató de seguir los consejos de la reina mediante un doble juego: rechazar a medias las condiciones de su pueblo y aceptar la ayuda escocesa a cambio de concesiones de tipo religioso.

—Son, señor, —le dijeron,— las últimas propuestas.

—¡Las últimas serán —contestó— las que diga el rey a su nación!

Respuesta orgullosa y falsa, pues acentuaba la impresión de su enemiga al régimen liberal del Parlamento e inducía a quienes habían guerreado contra él a considerar imposible todo trato eficaz. Y es que, en vez de considerar los hondos motivos de discordia existentes, creyó siempre que se las había con un grupo de agi-

tadores sin principios, a la cabeza de los cuales estaba “el plebeyo cervecero de Humtingdon”.

Dominada la ofensiva de ayuda escocesa de la manera que hemos relatado, los amigos de Cromwell hicieron llevar al rey desde la isla de Wight a un castillo del interior, y de allí a Londres. El día 7 de diciembre había sucedido el golpe de Pride —“la purga”, como se dijo entonces,— a consecuencia del cual el Parlamento quedó reducido a 23 diputados. Era ya el ejército el dueño del poder. Los que habían hecho la guerra contra Carlos, al mando de Cromwell, se sentían dueños de la situación. No muchos días después, el 19 de enero, Carlos fué conducido a la capital. Le esperaba una multitud que presenció en silencio su paso. Algunos puritanos gritaron su lema de combate:

—¡El Señor sea con nosotros!

Y un cierto número de mujeres saludó al monarca con la tradicional expresión británica:

—Good save the King (¡Dios salve al rey!).

Le custodiaban los oficiales de mayor confianza de Ireton y Cromwell. Carlos erguía su cabeza, sin temor y con esperanza de que una pronta reacción popular inclinase a su favor la gravísima situación en que se hallaba. Pero nada de esto ocurrió.

Al día siguiente, compareció en la enorme sala del castillo de Wemminster, ante un tribunal formado por 60 miembros: pares, barones, caballeros, oficiales del ejército y diputados de los Comunes. Habían sido designados 150, pero dejaron de asistir noventa.

Allí estaba Cromwell. No silencioso y taciturno como en otras ocasiones, sino apasionado y dinámico, conversando con unos y otros, aconsejándoles, dando ánimo a los vacilantes, gritando para caldear la fría atmósfera.

Es leído el escrito de acusación, en el que consta la declaración del Parlamento. Se le dice a Carlos:

—Puede hablar el acusado.

Y el rey se levanta y acusa a los jueces de no ser tales.

—No reconozco vuestra autoridad. ¡Quiero decir a la nación inglesa...!

Pero no puede seguir. Los soldados que le custodian son veteranos de la guerra civil, en la que han caído tantos amigos y camaradas suyos. Le levantan del banco, le increpan, le hacen salir violentamente hacia el estrado. Nuevamente se oyen voces anónimas:

—Good save the King.

Voces apagadas por el clamor de ira y de venganza que parte de todos los ángulos de la

histórica sala y que Cromwell anima con sus apasionados argumentos y al emplear por vez primera una expresión que luego se hará célebre:

—¡He aquí la libertad restaurada por la gracia de Dios!

Se somete a la firma de los sesenta miembros la condena a muerte del rey. Como algunos vacilan, Cromwell se abalanza a la mesa, toma en sus manos el escrito y recorre el salón recogiendo las firmas, gritando y amenazando en una escena dramática. Y la ejecución es ordenada.

Carlos pasa sus últimas horas en una ancha y silenciosa habitación de Whitehall. Están a su servicio varios oficiales que no pueden, ni intentan disimular su emoción. Al entrar en la sala dicen que se le ha oído murmurar:

—Y sin embargo, os dejaré mi verdad. . .

Meses más tarde, esta frase, repentinamente popularizada, servirá para que un libelista redacte unas falsas Memorias del rey.

Durante más de dos horas, Carlos reflexiona. Como dice Guizot, “se prepara a tener un bello morir”. Nadie negará a su recuerdo la sencilla dignidad de los últimos instantes, que aprovecha para escribir a la reina y a sus hijos. Nada más se sabe de la dramática escena, en

la que el genio desenfadado de Dumas puso, arbitrariamente, a sus tres mosqueteros, últimos fieles al rey de Inglaterra.

El día 23 de enero de 1649, a los 49 años de edad y 24 de reinado, después de una guerra desencadenada por su tenaz incomprensión, es llevado al patíbulo, levantado ante las que fueran habitaciones reales. Están presentes amplias representaciones del Ejército y el pueblo, todo el pueblo de Londres, que no le pudo ver partir cuando marchaba a clavar su desafío en el norte del país. Cromwell no asiste a la ejecución.

A primera hora de la mañana, el verdugo secciona la cabeza del ex rey.

El cadáver es trasladado a una improvisada capilla de puritana decoración. Durante la noche, un hombre, cubierta la cara con el ala del sombrero y disimuladas las proporciones de su cuerpo en el vuelo de su capa, llega hasta el féretro y contempla al decapitado. Nunca se sabrá quién es, aunque se le atribuye una enorme autoridad, que le ha permitido llegar hasta aquel lugar. Sólo se sabe lo que dijo:

—¡Cruel necesidad!

Una semana después, en una sesión inolvidable —y única en la historia británica,— la Cámara hizo su famosa declaración:

“QUEDA ABOLIDO EL OFICIO DE REY”

Lo que equivalía a la declaración del régimen republicano.

Irlanda y Escocia no admitieron el nuevo régimen. La primera por su entraña católica y su criterio de nacionalidad. La segunda, por imperativo del Covenant y porque, a última hora, había hecho una inútil y tardía profesión de lealtad hacia Carlos I, diestramente manejada, después de la ejecución, por los realistas refugiados en Edimburgo.

Pero Cromwell no estaba dispuesto a admitir “cruelles necesidades” sin consumir sus proyectos. La unidad del Estado bajo su gobierno eran ya sus objetivos. Para poderlos lograr, organizó a su manera el nuevo estado de cosas: nombró un nuevo Poder Ejecutivo —que en realidad, había estado vacante durante toda la guerra,— compuesto por 41 miembros, tres cuartas partes de los cuales procedían de la Cámara que quedó a raíz del golpe de Pride; persiguió con la mayor severidad a los realistas y decapitó a tres de sus jefes: Hamilton, Holland y Capel; reprimió la propaganda de oposición

que comenzaba a surgir, y convirtió al Consejo de Oficiales en organismo de autoridad decisiva, si bien extraoficialmente.

El hijo de Carlos, que se hallaba en el continente cuando fué ejecutado su padre, desembarcó inesperadamente en Escocia, llamado por un grupo de sus partidarios, quienes le llevaron ante el jefe militar escocés Lesley, presentándole con estas palabras:

—Su Majestad, Carlos II, rey de Escocia y heredero del trono de Inglaterra. Viene a vuestro país a ocupar el lugar que Dios le ha concedido y a jurar con el corazón el Covenant.

Apenas se conoció en Londres esta noticia, el Parlamento designó a Lord Fairfax para que marchara con las tropas hacia Escocia, pero el jefe del Ejército parlamentario no quiso aceptar el cargo por escrúpulos religiosos y porque él no había firmado la sentencia de Carlos I. El Parlamento se halló entonces en un trance desagradable, pues no quería de ningún modo dar nuevas ocasiones de victoria a Cromwell.

—¿Esperáis que estén a las puertas de Londres los viejos y nuevos enemigos de la libertad para decidir? —les preguntó.

Y tuvieron que acceder a darle el mando de todas las tropas republicanas, con la orden

terminante de invadir Escocia y de partir para esta empresa inmediatamente.

Eran quince mil hombres, de las tres armas, la mayor parte veteranos de la guerra civil. Londres, orgulloso de su joven República, los despidió con los mejores acentos de seguridad en su triunfo. Empuñaban las viejas armas y guardaban su vieja Biblia común. El jefe era el de los combates de ayer. Y la bandera.

Fué la campaña más dura de todas las que sufrieron aquellos hombres de inigualable temple. Por primera vez, Cromwell tuvo un enemigo capaz, astuto y que le conocía a él: Lesley, a quien hemos visto aparecer en nuestra narración cuando Laud pretendió hacer frente a la insurrección escocesa.

Lesley sabía que Cromwell necesitaba, por muy diversas razones, resolver con celeridad la campaña, y que, en un golpe repentino, llevaba las de ganar por la selección de sus tropas, su magnífica experiencia y su clara visión de caudillo. Decidió, pues, retrasar el momento del encuentro decisivo conteniendo a los ingleses, pero dejándoles avanzar lentamente, sin darles ocasión de dirimir la gran batalla hasta el instante que juzgara propicio.

Para comprender bien esta maniobra hay que imaginar los caracteres de las guerras de

aquella época. En la nuestra, claro está, habría sido imposible la táctica observada por Lesley, a no ser que el Ejército escocés hubiera dispuesto de muy sólidas fortificaciones. Pero entonces cien kilómetros eran una considerable distancia y no existían frente de líneas continuas; el abastecimiento del ejército era ya un problema grave cuando la vanguardia se alejaba de sus bases, y la información, el enlace con la retaguardia, se hacía casi imposible en país enemigo, y mucho más si los contrarios organizaban, como hicieron los escoceses, un régimen de partidas dispersas que hostigaban constantemente a los invasores.

Cromwell avanzó con decisión, quizá sin sospechar que tendría que hacer frente a la más dura situación de su larga vida militar. Los oficiales encargados de explorar, le desesperaban con sus noticias, siempre negativas:

—No, no hay enemigo.

—¡Pero si acaban de atacarnos al sur...!

—Partidas armadas. Fanáticos dispersos del Covenant.

—¡Pues adelante!

Seguían, en efecto, y a los pocos kilómetros, las primeras patrullas inglesas caían en una emboscada. Cromwell desplegaba sus fuerzas y se preparaba a rechazar y vencer al enemigo. Es-



Cromwell tenía la misma palabra y la misma orden para todos: —Esperemos.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

fuerzo inútil. Otra vez, el campo desierto ante los caballos de los coraceros, el horizonte vacío ante las bocas de los arcabuces, el enemigo distante...

Faltos de una alimentación normal, sin los auxilios sanitarios precisos, los soldados comenzaron a caer víctimas de la fiebre. En días de desesperante calma, sus ayudantes de campo entregaban a Cromwell larguísimas listas:

—Bajas, señor.

Los convoyes de abastecimiento comenzaron a escasear y acabaron por no existir, y hubo que recurrir a la granjas cercanas, saqueadas por los escoceses en retirada, a las legumbres que se podían recoger y a la caza. El propio Cromwell enfermó: tres semanas de intensa fiebre, detenido el ejército, inactivos en absoluto los hombres, a punto de quebrarse la moral de los veteranos.

—No podemos luchar con fantasmas —decían los soldados.

—¡Retrocedamos! —suplicaban los más vacilantes.

—¡Corramos sin detenernos hasta Edimburgo! —pedían los más exaltados.

Y Cromwell tenía la misma palabra y la misma orden para todos:

—Esperemos.

Todas sus cualidades de organización y espíritu de mando estuvieron a prueba en aquellos días. La severidad puritana de los mejores oficiales se venía abajo ante la desolada paciencia de su jefe.

—Podemos morir —gritaban— por las fiebres, de fastidio, de soledad o de hambre... ¡Tanto da jugarse la vida de otro modo!

Y no era difícil ver cómo la sorteaban mediante una jugada de dados, después de haber arriesgado el dinero, la espada, el casco y el ejemplar de la Biblia.

Cromwell atajó esta corriente de abatimiento con su habitual sangre fría, alternando el consejo amistoso con la severidad del mando, oportuno y esforzado, vigilante y tenaz, como en sus mejores días pasados...

El 3 de septiembre de 1650 termina el plazo que a sí mismo se ha impuesto Lesley. Las noticias que le han ido dando sobre el ejército de Cromwell son inmejorables. Espera encontrar un montón de cadáveres o una tropa desorganizada, sin moral ni acometividad, alucinada por la fiebre. Repentinamente aparece con sus tropas, intactas, descansadas, ante el agotado ejército inglés. Cromwell se entera de la proximidad del enemigo y corre a ceñirse la espada.

—¡Ahora! ¡Lo que nos llega ahora es la victoria!

Cruza el campamento a caballo arengando a los suyos, haciendo incorporarse a los enfermos, formando a todos, disponiendo la reserva y el orden de combate.

Lesley, por su parte, no tiene otro plan que el de caer sobre el enemigo y destrozarle. Invade la llanura de Dumbaar al grito de:

—¡Covenant!

Carga atropelladamente contra la infantería cromwelliana, con seguridad de terminar con rapidez. Pero los hombres de Cromwell son los de todas las batallas anteriores. Se cierran en cuadros imposibles de penetrar y rechazan a los aturcidos escoceses. La batalla dura varias horas. Si se prolonga, las escasas fuerzas físicas de los ingleses no lo soportarán. Cromwell lanza su caballería y lo arrolla todo. Dumbaar es un nombre que debe añadirse a las victorias: ha concluído el martirio. Cromwell, que ha sabido esperar, es ahora el impaciente:

—¡Hasta Edimburgo!

Antes de que transcurra una semana, entra en la capital escocesa, sometida definitivamente. Allí le llegan extrañas noticias del otro ejército escocés: en lugar de tratar de esperarle a él y reparar la derrota sufrida por David Lesley,

ha penetrado en Inglaterra en una maniobra llena de audacia, para aprovechar la ausencia de las mejores fuerzas republicanas, a muchas jornadas de distancia.

Cromwell habita el palacio de la ciudad. No se inquieta ante las noticias que le llevan de una y otra parte.

—Veamos qué hace ahora el Parlamento —exclama, mordaz.

Quiere provocar la reacción de los intranquilizados Comunes, que le regateaban el mando al principio de la campaña y que ahora suspiran por que regrese en seguida a contener la invasión de los realistas. Llegará a tiempo, como siempre, pero sin precipitaciones inútiles. Además, quiere infundir confianza al joven Carlos II, que ya no tiene trono en Escocia y que, es seguro, intentará hallarlo en Londres, sobre la tumba de su padre.

El príncipe se dirige, efectivamente, a la capital. Logra dispersar a los escasos enemigos que se le oponen y gana las cercanías londinenses. Quizá en un rápido golpe de mano penetraría. El no espera a ningún marqués de Newcastle. Vacila: es hijo de Carlos. Cuando sus oficiales, realistas exasperados, deseosos de vengar las ejecuciones y de rescatar el bienestar y los privilegios perdidos, le suplican que los lance al

asalto de la ciudad (llegan a prometerle una noche de San Bartolomé frente al cadalso regicida), les ordena aguardar.

—Voy a dirigir un llamamiento a todos los leales a mi padre; al pueblo de Londres, a Inglaterra y Escocia. Tomaremos la ciudad apenas sin lucha y buscaremos la victoria militar cuando regrese el ejército del asesino Cromwell.

Ya está en marcha, cierto, el capitán general de las tropas republicanas y futuro Protector de la República. Avanza a marchas forzadas al encuentro de los puritanos escoceses y de los realistas. Tres días, dos, uno y caerá sobre Carlos II. Ha elegido el día de la batalla: 3 de septiembre, la fecha aniversario de la batalla de Dumbaar.

El lugar del encuentro es Worcester. Carlos se lanza al frente de sus caballeros, disparado hacia las filas enemigas... Cromwell le resiste, le rechaza y le envuelve. Los mejores oficiales de Carlos se dejan matar. El propio Carlos es alcanzado por una espada enemiga, aunque levemente. Ya no existe el Ejército, el último ejército realista. Después de hacer diez mil prisioneros en Dumbaar, Cromwell pulveriza, aniquila, la formación definitivamente final de los Estuardo.

El que entra en Londres como vencedor es él. Le aguarda una multitud enloquecida de entusiasmo, que se deja arrollar con tal de verle cerca, que le cubre de flores y le vitorea hasta el cansancio. Cruza la ciudad, acompañado de Ireton y Monk, sus lugartenientes. Los parlamentarios y los miembros del poder ejecutivo le saludan, le adulan, le colman de frases agradables. Lambert exclama:

—¡Todo el pueblo ha venido a contemplar vuestro triunfo!

No responde, atento a devolver las saluciones clamorosas de la multitud. Al entrar en Wentmister, murmura entre dientes:

—Habría más gente para verme ahorcar.

V

“ESTE EDIFICIO SE ALQUILA”

SOMETIDA también Irlanda, Cromwell nombró gobernador de este país a Monk, y de Escocia, a su yerno, Ireton. Monk era un general que se había distinguido en la guerra civil y que estaba situado junto a los moderados. La culminación de su fama acaeció después de la muerte de Cromwell, pues fué figura destacadísima en el complejo asunto de la restauración monárquica en Inglaterra.

El Parlamento proclamó la anexión de los dos países, hazaña de Cromwell que no habían logrado plenamente ninguno de los quince reyes que se propusieron conseguirlo hasta entonces. La situación seguía siendo, sin embargo, algo confusa, a consecuencia de las incursiones de las partidas realistas que quedaban en el país

y las agitaciones de los llamados Niveladores, los cuales consideraban traicionada la revolución y se pronunciaban contra todos sus jefes; principalmente, contra Comwell. Este redujo a unos y a otros y se alejó por algún tiempo de la escena política, aunque siguió asistiendo a las reuniones del Parlamento.

Los nuevos dirigentes del triple estado no acertaban a contentar al pueblo y se perdían en frecuentes divagaciones sin objeto. Falsamente estimulados por la unión de Escocia e Irlanda quisieron intentar la anexión de Holanda mediante una estratagema que consideraban plena de habilidad, pero que fué advertida de inmediato por los gobernantes holandeses. Consistía en un tratado, pacto o alianza, con desiguales condiciones respecto a cada uno de los dos países. La respuesta, como era de esperar, fué negativa, y el Parlamento inglés declaró la guerra a Holanda, que era entonces uno de los más poderosos Estados del mundo.

Comenzó la campaña en Julio de 1652. El famoso almirante Blake, que asumía el mando supremo, salió con su flota al encuentro de las naves holandesas. Los combatientes a sus órdenes eran buenos guerreros, pues casi todos ellos habían formado parte anteriormente de las tripulaciones de los buques de presa dedicados a pi-

ratear en aguas españolas de América y a quienes se brindaba una nueva oportunidad de cobrar excelente botín, esta vez bajo la bandera inglesa y con la abierta protección de su Estado.

Holanda poseía entonces una magnífica flota, con la cual había batallado largamente y conseguido importantes colonias después de su victoria sobre España. El jefe de esta flota era un hombre no menos célebre que Blake: Tromp.

En Londres se esperaban grandes ventajas de la guerra apenas iniciada. La opinión de la mayoría era:

—La tiranía de los últimos años de dominación de los Estuardo han impedido a Inglaterra desarrollar su poderío. Ahora, hemos logrado la unidad nacional en la República, y el orden interior es perfecto, sólo turbado por algunas agitaciones, restos de la dura lucha pasada. Es nuestro momento para ampliar las conquistas anteriores y el programa de la reina Isabel.

Cromwell, según parece, no compartía esta opinión, por considerar que antes de comprometerse en nuevas aventuras guerreras había que mejorar la flota, dar un período de tranquilidad al país y mejorar el poder ejecutivo.

En pleno verano, tuvo lugar al norte del canal de la Mancha el primer encuentro: Blake

acometió a los navíos holandeses. El barco insignia holandés, muy averiado por los cañones contrarios, llegó al abordaje de una de las naves inglesas y fué hundido; pero poco después el tripulado por el propio almirante británico corrió igual suerte. Con otras bajas por ambas partes, continuó la batalla, sin decidirse, hasta llegar la noche. Una y otra flota pusieron proa a sus puertos respectivos, y el Parlamento de Londres no pudo proclamar, como esperaba, su primera conquista exterior.

Dos meses más tarde, Blake se enfrentó de nuevo a la escuadra holandesa, mandada en esta ocasión por el almirante Ruyter. También sin decisión favorable para alguno de los dos países.

Y antes de terminarse el año, se libraron otros dos combates, semejantes en todo a los anteriores. Los gobernantes ingleses se vieron obligados con ello a proseguir la incierta lucha y a reforzar con marinería sus navíos.

La impopularidad del Parlamento aumentaba con estos episodios, pues ni el motivo de la guerra gustaba al pueblo, ni podía mostrársele diferencia alguna entre los impuestos de carácter especial acordados para continuar la lucha y los que hicieron tan impopulares a Carlos I y a su primer ministro Buckingham con

ocasión de las fracasadas expediciones contra Cádiz y La Rochelle.

Además de esto, la recluta para los barcos se hacía por el sistema de las levas forzosas. Los soldados penetraban en lugares de reunión pública y aún en las casas y apresaban a los hombres útiles para conducirlos a los lugares de combates en los navíos.

—Si conquistar Escocia les costó a los escoceses tres mil muertos —se decía a menudo en Londres,— a nosotros nos va a costar el triple no conquistar Holanda.

Y en ello iba implícito un fuerte elogio a Oliverio Cromwell, pues él fué quien derrotó a los escoceses y les hizo esa cantidad de bajas en la histórica batalla de Dumbaar, sin que los ingleses tuvieran pérdidas considerables.

El vencedor en aquella ocasión espiaba el descontento y se disponía a utilizarlo a su favor.

—Cromwell ha cortado el cuello a la realza, pero no al espíritu de atropello —se afirmaba, asimismo.

Los diputados seguían su larga e inútil deliberación. Faltaba entre ellos el hombre que los condujera. El mejor preparado para esta tarea y al que rodeaba un respeto casi unánime, John Milton, viejo batallador contra la monarquía y los privilegios, continuaba consagrado a

la tarea de combatir la propaganda realista, de la que formaba parte un folleto titulado "Imagen Real", que se pretendía hacer pasar como las memorias de Carlos I.

El Parlamento asumía todos los poderes. No contento con sostener una guerra sin justificación contra la otra nación protestante de Europa, Holanda, disgustaba también a los anglicanos, por su conducta contra los obispos de esta Iglesia; a los presbiterianos, que no habían logrado la hegemonía del nuevo régimen, como era su antiguo y soñado propósito; a los independientes incluso, porque tampoco ellos disponían de los recursos de poder que consideraban necesarios.

En el ejército se habían creado múltiples intereses en la larga guerra civil. Disolverlo habría sido imposible, pero mantenerlo conforme estaba, lo era también por razones económicas. El Parlamento acudió a un término medio muy inhábil de licenciamiento casi clandestino, progresivo y sin explicaciones. Los militares presentaron una serie de demandas con carácter de urgentes, y para atenderlas, como la Cámara, muy restringida, no tenía la suficiente autoridad ni siquiera por el número de miembros y, por otra parte, no se atrevía a convocar elecciones, optó por una ampliación y fué incorporando,

hasta ciento cincuenta, a los miembros que el coronel Pride expulsó y que se avinieron a hacer rectificaciones públicas de su conducta anterior, lo cual fué tan impopular como el Parlamento mismo.

El día 20 de abril de 1653 el Parlamento examina la ley electoral. Los diputados quieren anularla para crear otra que les mantenga a ellos en sus excelentes puestos indefinidamente.

Cromwell se opone, en un discurso violento, amenazador, demagógico. Cuando termina de hablar, abandona su banca y sale del salón. Regresa acompañado de gran número de soldados.

—¡Basta de charlatanería! —grita con furor.

Los diputados le contemplan, asombrados y mudos, sin saber qué decir. Los granaderos los empujan con sus armas, brutalmente.

—¡Fuera, fuera de aquí! —continúa gritando Cromwell.— ¡Yo pondré fin a vuestras divagaciones!

Y como si fuera poco se dirige a todos, uno a uno, y les va haciendo acusaciones distintas:

—¡Ladrón!

—¡Adúltero!

—¡Falsario!

—¡Cobarde!

—¡Vendido!

Los conoce a todos porque fué él mismo el que los seleccionó cuando la famosa "purga". Sabe sus defectos y se los arroja a la cara, para confundirlos y poder disolver a una asamblea que se opone tanto a su poder personal como al progreso de la nación.

Los soldados, que admiran a su jefe, que han ido con él a las más grandes batallas, que conocen su desinterés y su valor y que, en cambio, ignoran todas sus malas cualidades y ni siquiera sospechan su ilimitada ambición, le corean y le aplauden.

El salón va quedando vacío rápidamente. Los hombres inteligentes que forman parte del Parlamento callan su emoción y su vergüenza porque comprenden que, cualquiera que sea el designio de Cromwell, la responsabilidad de los errores y la ineficacia de la Cámara les alcanza de lleno. ¿Qué han hecho ellos para consolidar el nuevo régimen? ¿Qué para oponerse a la impopular guerra contra Holanda? ¿Y qué para satisfacer los deseos del Ejército y del pueblo?

Los otros, los que continuaban en sus puestos o volvieron a él con una vergonzosa rectificación, tampoco se atreven a rebelarse; primero, porque temen a Cromwell y ven brillar cerca de sus cabezas las armas de los granaderos, y segundo, porque la verdad y la razón les vence

de tal modo que quieren huir, alejarse, sollozar por la posición perdida.

Se ha terminado el Parlamento-rump, que dirigió la guerra durante sus últimos tiempos y sancionó la unión de los tres estados; que vacila, se aturde y cae ante la mirada imperativa y los gritos estentóreos de Oliverio Cromwell, diputado, salvador de la libertad por la gracia de Dios y capitán general.

Comwell sale el último, rodeado de sus soldados. Se detiene en la puerta y arroja una última mirada sobre la vacía sala, en la que acaba de morir el inmoral proyecto de anulación de la ley electoral. Será él quien hará esta ley y nombrará los Parlamentos en lo sucesivo.

Cuelga un cartel en la puerta de los Comunes:

“ESTE EDIFICIO SE ALQUILA”

Hubo aún otro Parlamento, llamado por el pueblo el Parlamento esqueleto como calificación acertada de su composición, inspirada por Cromwell y su Consejo de Oficiales, quienes eligieron ciento treinta y nueve diputados de su entera confianza, que se dividían en tres grupos: los moderados, los independientes y los “santos” puritanos que rezaban durante las sesiones y no se atrevían a actuar nunca con resolución.

Frente al Barebone (esqueleto) probó de nuevo Cromwell hasta qué punto supeditaba sus viejas convicciones a la ambición personal de poder y a su criterio de Inglaterra como gran potencia mundial. Después de haber disuelto el anterior por la fuerza, acusándole de charlatán; ¡él, que se rebeló contra la fuerza y se proclamaba parlamentario de corazón!, disolvió también el siguiente bajo la acusación de ineficaz y exclusivamente religioso. El caudillo político ha sucedido al parlamentario y al puritano.

La segunda disolución tiene un carácter menos teatral que la primera, pero más cómico. Se hizo así:

La fracción moderada, por encargo del Consejo de Oficiales, hechura de Cromwell, presentó su dimisión y abandonó el salón de sesiones, en el que sólo quedaron los "santos". Al cabo de unas horas, penetró un oficial y les interrogó burlescamente:

—¿Qué hacéis aquí, si todos los demás ya han partido?

—Buscamos a Dios —le contestan.

El oficial ríe a carcajadas y les ordena salir. Los "santos", estupefactos, obedecen.

Se acerca el instante de la proclamación casi real de Cromwell. Durante tres meses se le ofrece el poder repetidamente, pero él, o vacila

de veras o quiere demorarlo para hacerse más necesario.

La situación del país no es buena. La terrible herencia de las sucesivas guerras le ha empobrecido, y la gente está cansada. Nadie confía en nadie, a no ser en el guerrero vencedor, en el hombre práctico, en Oliverio Cromwell. Las demás potencias europeas se arman hasta los dientes. El imperio español subsiste, a pesar de la creciente decadencia de la dinastía de los Austria. No ha sido posible vencer a Holanda, y Francia está fortalecida. La flota ha sufrido enormemente por la campaña contra los holandeses, que se han repuesto mejor y con más prisa. Hay confusión política y religiosa. Hablan los realistas, los partidarios del desorden a todo trance, los enemigos de la unidad nacional, lo-grada con la anexión de Irlanda y Escocia. Agita todo el mundo, y nadie se entiende...

¿Por qué todo esto? Porque el pueblo inglés ha luchado contra la inmoralidad, pero sin hallar los hombres, los gobiernos morales que recondujesen a la nación con procedimientos radicalmente distintos de los seguidos por los Strafford, los Buckingham y demás favoritos y ministros reales: Cromwell es la esperanza. Como en otras ocasiones históricas y en otros países es el propio pueblo el que, sin apercibirse del pe-

ligro, busca la tiranía. En Francia, ocurrirá lo mismo, siglo y medio más tarde: tomará todo el poder y se hará coronar otro guerrero vencedor en mil batallas.

Cromwell hace una pausa en este período decisivo de su vida. Visita a los viejos amigos de Cambridge. Pasea acompañado de sus hijos. Saluda a sus admirados convecinos. Recorre sus tierras de la isla de Ely. El Parlamento, a lo largo de la guerra de nueve años, le ha entregado con creces la fortuna que sacrificara al principio de la lucha civil. Tiene ya grandes rentas, pero no olvida el origen de su fortuna.

Medita rodeado de los suyos. Se dice a sí propio que lo que el ama es la causa de Inglaterra, que ha de ser la más fuerte potencia europea durante siglos, la dominadora de los mares y océanos. El, Oliverio Cromwell, empieza a personificar el modo de ser de las Islas durante tres siglos y medio: prudencia, ambición, habilidad diplomática y tenacidad.

VI

CROMWELL, PROTECTOR

DURANTE los últimos tiempos de dificultades en el Parlamento, cuando Oliverio Cromwell comenzaba a madurar su idea de hallar un término medio de gobierno personal, que estuviera tan lejos del absolutismo de los Estuardo como de las agitaciones revolucionarias del partido de Libourne, en una ocasión, tradujo en alta voz su pensamiento, en presencia de varios oficiales:

—¿Y qué sucedería si un hombre se empeñase en ser rey?

Por entonces, la atrevida hipótesis permaneció en secreto, pero quizá llegara a oídos de los parlamentarios Independientes y moderados, y sea esta la razón de la famosa entrevista entre el capitán general de los Ejércitos republicanos

y Lambert, figura del Parlamento y uno de los jefes militares; en la cual Lambert le pidió que aceptase ser designado monarca de los tres países, unidos por su habilidad política y su espada. Cromwell no contestó nada, pero algún tiempo después, siendo ya dictador, se refirió a esta conversación con las siguientes palabras:

—Me aseguraron que, si no me encargaba yo del gobierno, creían que los asuntos serían muy difíciles de arreglar y que habría sangre y confusión. Rehusé una y otra vez, sin rodeos, como ellos saben, y sabe Dios también.

Y una de las cartas dirigidas a sus familiares y reproducida por su biógrafo Carlyle, declara: "No se me ofrecía nada que me confiara mayor autoridad de la que ya tenía y, muy al contrario, se me limitaba, atándome las manos para que no hiciese nada sin la anuencia del Parlamento".

Fueran o no sinceras estas disculpas, lo cierto es que, cuando los "santos" y su jefe, Harrison, y los moderados, con Lambert a la cabeza, le propusieron aceptar de modo personal la representación y el ejercicio del poder, él aceptó.

Ocurrió esto el día 12 de diciembre de 1653. El proyecto de ley, redactado por los moderados, decía literalmente: "Que no siendo conveniente la continuación del Parlamento así constituido,

para el bien de la República, se deben entregar al Lord General Cromwell los poderes recibidos de sus manos”.

Este fué el primer paso, y acarreó la disolución que hemos narrado anteriormente. Si se tiene en cuenta que los poderes a que se referían los moderados no habían sido recibidos de Cromwell, sino del Consejo de Oficiales, se deducirá el verdadero carácter de la dimisión colectiva.

Cromwell recibió a los comisionados y les dijo:

—Tomaré el poder para protección de la gente honrada.

Desde este momento hasta su proclamación, cuanto sucede en Inglaterra constituye una especie de preparativo general, en todos los órdenes, de la dictadura, que no se presentó a los ojos del pueblo como tal, sino como una nueva organización del Estado republicano, basada en la existencia del Parlamento, de un Consejo de Estado y de un llamado Programa de Gobierno. Y se designó, en efecto, la nueva Cámara, y ésta nombró el Consejo, y el Consejo redactó el programa. Todo ello, sin relación directa con Cromwell, aparentemente, más en realidad bajo su dirección constante.

La ceremonia de proclamación de Oliverio Cromwell como Lord Protector de la República de Inglaterra, Irlanda y Escocia —título absolutamente inédito, creado para no nombrarle rey— sucedió el día 12 de diciembre de 1653. Carlyle describe la presencia del Protector:

“Su Alteza vestía un traje rico, aunque sencillo, de terciopelo, con capa de lo mismo, y en el sombrero llevaba una ancha franja de oro. Su estatura era de cinco pies y diez pulgadas. Hombre de fuerza y aspecto militar, revelábase en él, así como el valor y la inteligencia, la energía y, al mismo tiempo, la sencillez. De 54 años de edad, era de tez rubicunda, bronceada por las fatigas y la acción del tiempo; los cabellos eran de color castaño, y su bigote comenzaba a ser gris. Su figura no dejaba de producir impresión, pero no era simpática: aventajada estatura, cabeza voluminosa, nariz grande y aguilena, labios gruesos que podían indicar la sensibilidad y también la sencillez, y ojos de mirada profunda bajo sus espesas cejas; a menudo, triste y melancólica. En fin, tenía una verdadera faz de león, así como también de héroe, y un conjunto que no carecía de cierta majestad”.

El pueblo le recibió con muestras de sincera alegría, porque no olvidaba sus servicios como jefe militar, su obra de unificación de los

tres Estados en una sola República y su concepto severo y fuerte del poder público. Se recordaba especialmente en aquella ocasión las palabras que definieron su actitud contra el Parlamento disuelto por sus soldados:

—¡No toleraré, con la ayuda de Dios, que gobiernen los deshonorados!

Sin embargo, pocas semanas después reformaba el Parlamento por haberse negado a votar la mayoría de los diputados una ley por la cual el título de Protector, además de perpetuo, era también hereditario. Y fué un nuevo Parlamento el que así lo acordó.

La diferencia con las prerrogativas del rey era, pues, mínima. Del mismo modo que los hijos de los monarcas reciben la corona al morir sus padres, los descendientes de Cromwell habían de transmitirse el Protectorado, con poderes omnímodos. Por ello, aún hicieron sus más cercanos amigos una tentativa para que aceptase la coronación, pero él la rechazó de nuevo.

—Los realistas le odiarían más de lo que le odian y los republicanos no permitirían este ultraje a sus convicciones —dijo John Milton, entonces secretario del Protector.

Su concepción de la vida austera y sencilla quedó al margen desde el día de la proclamación. El hombre que había vivido en una modes-

tísima granja de la isla de Ely, en la cual habitaban en una sala él, su esposa y sus hijos, ocupó Hapmdont Court como residencia oficial y Whithall como palacio en la ciudad; además de lo cual, aceptó del Parlamento el castillo de Windsor, el de News Somerset House, Grenwich House y el castillo de York, como residencias esparcidas por todo el territorio. Su sueldo fué primero de sesenta y cuatro mil libras esterlinas y después, de cien mil.

•

Los historiadores ingleses y los biógrafos de Cromwell —entre éstos los hay franceses, como Guizot, y norteamericanos, como Morley— no coinciden al apreciar cómo fué, si buena o mala, su política interior al ejercer el Protectorado de la República, pues, en tanto Arthur Paterson sostiene que las acusaciones que se le han hecho carecen de fundamento y sólo están inspiradas en el odio y en la propaganda después de la Restauración monárquica, la mayor parte de los demás, sin dejar de reconocer el talento de Cromwell, aseguran que su conducta respecto al pueblo inglés varió tan radicalmente desde el momento de su proclamación que “encerró al país, como en una prensa, entre los brazos de un régimen más vigoroso y arbitrario de lo que

había sido jamás el de los Estuardo" (Señora Huchinton).

De este contraste de opiniones, es posible deducir que, en efecto, los procedimientos seguidos por Cromwell eran realmente tiránicos, como lo prueban los nombramientos de Mayores Generales que hizo y que, dos años después, tuvo que anular, ante la peligrosa impopularidad que habían adquirido. Las funciones de estas nuevas autoridades consistían en lo siguiente: vigilancia y sanciones, elección de un diputado y cobro de rentas especiales. Eran doce y estaban distribuídos por todo el país.

Hay que reconocer, no obstante, que durante su período de gobierno aumentó el número de estudiantes universitarios y rigieron la nación justos principios de tolerancia religiosa. Tampoco sustentó falsas ideas racistas, como lo demuestra el permiso de residencia en Londres que otorgó a los judíos. Su definición favorita era:

—Hay la autoridad y el desorden. Este no es útil a la nación ni grato a Dios. Quien no sea leal con la autoridad establecida debe ser castigado.

En aquella época las más fuertes potencias estaban sometidas al poder absoluto de los reyes. España había tenido a Carlos I y Felipe II;

y era el nieto de éste, con el mismo criterio, pero sin grandeza, el que entregaba a su patria en manos de favoritos como el duque de Olivares. Y en Francia, por no citar sino a las dos potencias más cercanas a Inglaterra, terminados los gobiernos de los cardenales Richelieu y Mazarino se iniciaba la culminación de la Monarquía absoluta borbónica con Luis XIV. Por tanto, no le sería tan reprochable a Oliverio Cromwell su política dictatorial interior, si no es porque él, en vez de suceder a otros monarcas por razones de dinastía, como en los dos casos citados, había llegado al poder después de una revolución, la primera de Europa, contra el absolutismo.

Trataba de mantener en el pueblo el criterio de austeridad de años atrás: prohibía sus más populares diversiones, tales como las carreras de caballos, las riñas de gallos y ciertas festividades y, lo que es peor, no consentía que fuesen representadas las obras de Guillermo Shakespeare, por considerarlas "dañosas para la moral pública". En cambio, la Corte creada por él en torno a su persona comenzaba a caer en idénticos defectos de lujo y ostentación que la tan combatida de Carlos I.

En ocasión de las bodas de su hija, Isabel, se celebraron ceremonias fastuosas, "con cuaren-

ta y ocho violines, y mucho baile”, como dice un cronista de la época, que hace notar el caso como contraste con la prohibición de danzar que existía desde los primeros tiempos del rígido puritanismo.

En lo personal, Cromwell seguía comportándose con elegante sencillez. Cuántos diplomáticos de otros países le visitaron coincidieron en presentarle como un hombre sin altivez, pero con dignidad. “Me recibió en el centro de la habitación y me acompañó al final, graciosamente, hasta la puerta”, escribe Sagredo, embajador de la República de Venecia.

De sus cuatro hijos, las dos mujeres se unieron a hombres de gran relieve en la gobernación del país. Los varones, Ricardo y Enrique, tenían caracteres opuestos. El primero, que era el mayor, vivía casi constantemente en el campo y dominaba a la perfección el arte de la agricultura. Se ha dicho certeramente de él: “Campesino por naturaleza, aunque amable y virtuoso, pero sin ninguna grandeza”. Había nacido en el período en que su padre vivía al margen de toda actividad pública, recluso e ignorado, en su granja de la isla de Ely; y el recuerdo de su infancia determinó las aficiones de su juventud, a pesar de los esfuerzos de quien veía en él su sucesor. Enrique era la imagen contraria:

una prolongación exacta de los tiempos estudiantiles de su padre. Le llamaban "el Caballero libertino". Ocupó cargos de responsabilidad en Irlanda, y supo desenvolverse con inteligencia. Uno y otro heredaron una honda vocación artística con buen criterio de selección. En el palacio en que habitaron durante el Protectorado, siempre había músicos, pintores y escritores, que gozaban de una protección ilimitada. En cuanto a los ejercicios físicos, a los que siempre fué tan aficionado Cromwell, la caza era el deporte preferido de todos. Y acaso estos aspectos de la vida íntima y oficial del Protector fueron los que hicieron decir a sus severos juzgadores de la Historia inglesa: "Si Cromwell hubiera sido rey, apenas hubiera podido gozar de mayor ostentación".

No hubo nuevas luchas civiles en ese período. Se promulgó una amnistía, que incluso alcanzaba a algunos realistas. La paz más duradera acompañó la gestión de gobierno interior, tanto en Irlanda como en Escocia, a pesar de que su unión a Inglaterra era consecuencia de hechos de armas y no de la voluntad libremente expresada de ambos pueblos. Decreció la delincuencia en toda la República. Fueron pocos los casos de evidente corrupción de los altos funcionarios. En una palabra, así como el despotismo de Ja-



Le llamaban "el Caballero Libertino".

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

cobo I y Carlos I se había señalado por las continuas luchas y agitaciones interiores, el de Cromwell, no por eso menos vituperable, se distinguió por la existencia de un orden impuesto por la fuerza y en el que, con demasiada frecuencia, se mezclaban los atropellos del poder con la sanción por faltas leves o inexistentes.

En lo exterior, Cromwell se condujo siempre de acuerdo con la conocida definición de la reina Isabel:

—España es la enemiga natural de Inglaterra.

La cual era, en realidad, un amplio programa imperialista, ya que esa rivalidad natural estribaba en el poderío español y la inmensidad de sus territorios coloniales. Cromwell, como Isabel, quiso acabar con la escuadra española, aunque no lo logró, y despojar a los católicos Austria de sus colonias en el continente americano, sobre las cuales tenía ciertamente ideas más avanzadas y provechosas (en tanto que los gobernantes españoles seguían pensando lo mismo que un siglo antes). Además, odiaba profundamente a la Inquisición, más que por su férrea orientación religiosa, como arma política de gran fuerza.

Llevado por estas ideas fundamentales de su política, hizo la paz con las Provincias Uni-

das (Holanda), aunque imponiéndoles una cláusula secreta relativa a la familia reinante en aquel país; pactó también con Francia y con Dinamarca, y se dispuso a dar la batalla a España, donde reinaba Felipe IV, uno de los más funestos reyes padecidos por la Península Ibérica. Con este objeto, preparó secretamente una expedición para conquistar algunas de las colonias americanas españolas, sin declarar la guerra a la metrópoli. Se apoderó de Jamaica y fracasó en otros puntos en que intentó que desembarcaran y tomaran posesión sus fuerzas navales. Después de esto, volvió sus ojos al continente europeo, pensando que la vía mejor para disminuir el poderío colonial de España era la de la lucha contra ella en Europa, hasta debilitarla de manera que, paulatinamente, fuera perdiendo la fuerza y la influencia que la habían dado territorios en los que “nunca se ponía el sol”.

Las Provincias Unidas acababan de sostener una larga guerra con España. Utilizando la desunión Francesa durante la lucha de la Fronda, Felipe IV había logrado atraerse de un modo eventual y pasajero la amistad de Condé, jefe militar francés de gran relieve, y mantener la posesión de Dunkerque, estratégico lugar de la costa de Francia. Cromwell pactó con el cardenal Mazarino, que era el verdadero regente fran-

cés en nombre de Ana de Austria, madre de Luis XIV, y ambos declararon en común la guerra a España.

Uno de los hombres de confianza del Protector, el general Lockhart, tomó el mando de las tropas inglesas, que se unieron a las que dirigía el famoso Turena, francés. Empezó la Campaña en la primavera de 1658, con resultados alternativos, hasta que el príncipe de Turena tomó la iniciativa y obligó a las tropas españolas a reñir la histórica batalla de las Dunas, ganada por los Aliados. Como consecuencia de esta derrota, el rey español tuvo que entregar Dunkerque, pero el cardenal Mazarino, que recibió las llaves de la ciudad, tuvo que entregárselas, a su vez, a los ingleses, pues la astucia de Cromwell había previsto suficientemente el caso. Y a esta humillación se unió otra: la de tratar como huéspedes de honor a los soldados ingleses, todos protestantes, que no se cuidaban lo más mínimo del catolicismo francés y que se negaban a descubrirse en las ceremonias religiosas.

—Los señores ingleses —le dijeron a Mazarino— hacen corro al pie de cualquiera de los altares mayores de nuestras iglesias y encienden sus pipas en las velas consagradas al culto.

—Los señores ingleses —contestó Mazari-
no, muy acongojado— son ahora nuestros bue-
nos amigos.

A la batalla de las Dunas asistió, como pri-
mero de sus hechos de armas, un joven de vein-
te años que poco después había de decir orgu-
llosamente:

—Hasta ahora he dejado gobernar al señor
cardenal. ¡Desde hoy, el primer ministro seré yo!

En aquella circunstancia de su iniciación
militar, al lado de Turena y Lockhart, le entu-
siasmó la batalla de tal modo que, como recuer-
do y prenda de amistad duradera, regaló una es-
pada de oro a Oliverio Cromwell y rogó al jefe
británico que la entregara en su nombre, agre-
gándole saludos de simpatía y admiración. A di-
ferencia de Carlos I, que sostenía: “la religión
y el poder supremos están representados en mí”,
aquel joven, ya entonces Luis XIV, pensaba: “El
Estado soy yo”, y podía pactar y saludar a Crom-
well, regicida, porque Cromwell era el Esta-
do inglés.

El complemento de la política activa contra
España lo constituyó la ayuda, más o menos so-
terrada, a Portugal, declarada nación indepen-
diente al rebelarse el duque de Braganza contra
Felipe IV, e imponer la escisión con la victoria
militar sobre las tropas españolas, faltas de di-

rección eficaz a lo largo de todas las campañas realizadas en este turbulento período.

Poco después de la batalla de las Dunas, Cromwell experimentó el mayor dolor de su vida. El mismo día en que le comunicaron la victoria sobre las tropas españolas y los primeros episodios de la transacción de Dunkerque, recibió otra comunicación:

—Betty ha enfermado gravemente, Señor.

Betty (nombre familiar de Isabel) era la hija predilecta del dueño de Inglaterra. Acababa de ver morir a su primer hijo, y sufría espantosamente a consecuencia de una enfermedad crónica. Su padre corrió a su lado y, a pesar de la trascendencia de los acontecimientos del exterior, abandonó todas las actividades de gobierno durante catorce días; los que duró la tremenda agonía de Betty. El hombre firme, inquebrantable, seguro siempre de sí propio, vaciló entonces, con el más sordo y humano dolor de su vida. Conquistado por la guerra civil, el Parlamento, las intrigas políticas y, al final, el Poder absoluto, jamás había roto su enlace sentimental con los familiares: la mujer, comprensiva, hábil y discreta siempre; los hijos, fuertes, animosos, de brillante porvenir, y sobre todo, Betty, cuya ternura y delicadeza recordaban la sonrisa un poco triste y un poco amarga del pa-

dre cuando no era la espada, ni el ardor parlamentario lo impulsado por su pensamiento, cuando hablaba, en las noches anteriores o posteriores a la batalla, con los hombres que morirían por una libertad confusamente interpretada o cuando acababa de ver agruparse ante su carroza a la multitud, que acaso hubiera sido mayor "para verle ahorcar". Todas las cartas recogidas y publicadas prueban el temperamento doméstico, hogareño, del puritano que ordenaba ajusticiar sin que le temblase el pulso y que entraba, embozado en una ancha y larga capa, en la habitación donde se velaba el cadáver de Carlos I para exclamar sollozante:

—¡Cruel necesidad!

VII

MUERTE DE CROMWELL

OTOÑO londinense, con niebla y ángulos amarillos de sol yerto. Parque de Hampdon Court. Un hombre vestido de negro, a la manera clásica de los puritanos, pasea por el jardín, solo y absorto. Es Jorge Fox, el famoso cuáquero, personaje de gran popularidad. De vez en cuando se detiene, como si tratara de oír el ruido anunciador de la proximidad de alguien a quien desea ver. Oliverio Cromwell, Protector de la República, ha permanecido alejado de ceremonias y fiestas desde la muerte de su hija Isabel. Ayer tampoco ha reanudado su vieja costumbre de paseo por el amplio parque. Fox piensa, sonriente, en la tremenda personalidad del dictador, en su fuerza increíble, que le ha permitido salir idemne de los más apurados trances.

Cuando avanzaba contra el ejército fantasma de los escoceses, defensores del hijo de Carlos, sus soldados, y él mismo, fueron atacados por mil enfermedades. No tenían calzado, ni ropa, ni apenas comida. Cromwell, su jefe, se consumía en la fiebre constante y esperaba, esperaba... Cuando regresó a Londres, Escocia había sido vencida y conquistada, y nadie la separaría en lo sucesivo de Inglaterra.

—¡Es el lord de hierro! —dijo alguien de él.

Sólo una voluntad así, forjada de convicción y de acero en los nervios, puede hacer nacer a un hombre en una humilde cervecería inglesa y llevarle al lugar de la realeza destronada en medio de las más febriles conmociones de la historia de Inglaterra, caudal tan silencioso como incontenible durante siglos, pero que entonces era puro grito de rebeldía.

Jorge Fox ve avanzar hacia él una pequeña tropa. La guardia del Protector. Brillan las armaduras, el casco, las plumas en la opacidad blanda de la pesada atmósfera. Cabalga al frente de los soldados un hombre viejo, pálido, encorvado en la silla, sin expresión en la mirada. Oliverio Cromwell.

Fox ha tardado en reconocerle. No puede ser él el caudillo revolucionario, el vencedor de España, el Protector, el dictador, el gigante. Si

es él, no le tendrá Inglaterra a su cabeza durante muchos años más. Jorge Fox refiere luego su encuentro con estas palabras:

—Llevaba en la cara el sello de la muerte.

Oliverio Cromwell enferma: las implacables fiebres tercianas, una vez más. Escribe a su hijo Ricardo, tratando de recordarle con acento dramático “la carga solemne que Dios ha de hacer pesar sobre él”; pues el Protectorado es, como la monarquía, hereditario. Se dirige también a Enrique, que actúa en Irlanda con alegre desenfado. Convoca a los viejos amigos, a quienes invita a fumar en su presencia, rasgo de excepcional confianza y cordialidad. Reúne sus últimas fuerzas físicas para ordenar el Estado antes de transmitir su gobierno a su hijo mayor, campesino... ¿Campesino, sólo campesino? El dictador ha llegado a creer, como creía Carlos I, que su mandato viene de Dios.

Minutos antes de ser ajusticiado, el último Estuardo dijo:

—La libertad del pueblo está en las leyes, y no tiene que estar representado en el Gobierno.

El, Cromwell, ha simulado durante largos años que el pueblo tenía leyes de libertad y que estaba representado en el Gobierno: Parlamento, Consejo de Estado y Programa... Su obra significa el final del feudalismo, la caída de la

monarquía absoluta, la libertad religiosa, el imperio... Los que le sucedan aprobarán o no su obra, pero seguirán sus huellas. Cromwell se siente morir. Ya no tiene la energía violenta de aquellos instantes en que disolvía con sus soldados el Parlamento y gritaba señalando la maza presidencial, con la que se pone orden en la discusión:

—¡Llevaos, llevaos ese juguete...!

Felipe IV, rey de Francia, se ha inclinado ante él, regicida; Luis XIV le ha regalado una espada de oro, quebrando así la tradición anti-británica de su padre, Luis XIII, gobernado por el enemigo tenaz de los protestantes: Richelieu; hombres como el almirante Blake, como el general Ireton, como el pensador Vane, como Milton, como Yoekarst le han respetado...

—¿Se pierde la gracia de Dios si se ha tenido alguna vez? —pregunta a uno de sus pastores.

—No, señor. Es imposible perderla, si el Creador la ha concedido.

—¡Entonces, estoy tranquilo! —contesta.— Sé que la tuve en una ocasión.

Hasta el final, es firme y seguro en sus juicios. Ha usado de la hipocresía y de la astucia para lograr fines que consideraba altos y lícitos: el poder de Inglaterra y su propio poder. Ha

arriesgado mil veces la vida llevando la audacia hasta donde debe existir la prudencia, y la prudencia hasta el límite permisible a los guerreros. La disciplina, el tesón, la orgullosa confianza en el destino del país serán ya, en cierto modo gracias a él, las virtudes, las razones y los vicios del Imperio británico. Enrique VIII, tirano, ha hecho la flota, el poderío naval. Isabel, también despótica, ha iniciado la lucha a muerte contra España. Cromwell, déspota y tirano, aristocracia y pueblo, ha continuado este doble camino después de tomar de la revolución, no lo que era útil a los ingleses, sino a Inglaterra. Sin Enrique VIII, sin Isabel, sin Cromwell no habría podido existir la Gran Bretaña de los tres últimos siglos.

Nadie pudo recriminar su política en las cosas fundamentales; ni siquiera la monarquía restaurada, que quiso ahorcar su sombra. Tuvo enfrente a un imperio en decadencia, el español, que se desangraba, camino de la guerra de sucesión, en la que la Inglaterra que ayudó Cromwell a crear pudo ganar a pesar de haber perdido y logró conquistar nuevos territorios, no obstante su apoyo al archiduque de Austria, vencido por la coalición europea que organizó París. El gran mérito de Cromwell consistió en comprender cómo había que empujar esa decadencia, al tiempo que evitaba una inútil pér-

dida de energías pactando con Francia cuando en Francia ocurría lo contrario que más allá de los Pirineos.

El día 3 de agosto de 1658, una gran tempestad azotó el este y el centro de Inglaterra. La repentina luz lívida de los relámpagos iluminaron las habitaciones de Humtdon Cout, donde nadie durmió. Guardias, camareros, secretarios llenaban las cámaras y transmitían las últimas noticias al exterior. Las calles estaban desiertas bajo el fragor violento de la lluvia huracanada. Pero en las casas de Londres, junto al fuego, se esperaba en silencio la noticia del final de Oliverio Cromwell, el más poderoso de los ingleses, querido y execrado, popular hasta el odio. Los parlamentarios nombrados por él esperaban también, llenos de terror, porque temían, con razón, que su muerte les precipitara a ellos en una catástrofe de persecuciones y martirios. Los veteranos de la guerra civil aprovechaban la solemne ocasión para añadir algunos episodios a las vivas y ruidosas memorias de sus combates, con ese inevitable respeto del soldado hacia el jefe que lo condujo con valor y acierto. Los obispos, denigrados y destituídos por el Protector o elevados al triunfo por él, esperaban asimismo, cada uno con un cálculo distinto y una distinta profecía. Y nadie, nadie recordaba

que existía una ley de sucesión del Protectorado y un hombre llamado Ricardo Cromwell. (El mismo caso se repetiría en Francia, en el siglo XIX, con el hijo de Napoleón, rey de Roma, cuando se creyó al Emperador perdido o muerto en la campaña de Rusia).

La tempestad fué cediendo. El sueño dominó a los recalcitrantes de la espera. Las salas de Huntton Court se llenaron de vacío nocturno. Los secretarios, camareros y guardias volvieron a sus puestos. Cesó el relámpago de abrir claridades rojas. Oliverio Cromwell, dolorido y convulso, vivía aún...

Cuatro días después, el 3 de septiembre, cesan definitivamente los agudos dolores, se atenúa la quemadura de la fiebre y el Protector habla, natural, tranquilo, con sus acompañantes. Los incontables médicos que vigilan su estado deliberan una vez más.

Es el aniversario de dos batallas gloriosas: Dumbaar y Worcester. Los "Costillas de Hierro", descalzos, casi batidos, gritando: "¡El señor nos ayude!", vencieron en este mismo día. El día de Oliverio Cromwell. El doble gran día de su victoria definitiva, con la que dió Escocia a Inglaterra, acabó con el pretendiente Carlos II, dominó a los parlamentarios enemigos, conquistó al pue-

blo de Londres y sentó los cimientos de su poder ilimitado...

Y también, el día de su derrota, de su muerte. Pide que le perdonen y deja de existir. No se grita:

—¡Ha muerto el tirano!

Ni tampoco:

—¡Ha muerto el Protector!

Sino simplemente, con frialdad, con dureza, con rabia:

—Ha muerto Cromwell.

Lo gritan los realistas, los moderados, los republicanos, los "niveladores", los independientes... Lo dice Inglaterra entera, y lo repite Europa.

Tres semanas después se hicieron unos funerales de grandiosidad insuperada. El cuerpo quedó depositado en la capilla de Enrique VII, al lado de los reyes.

El epílogo es también amargamente aleccionador.

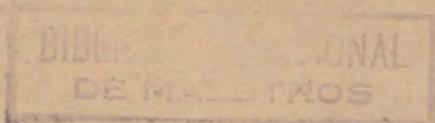
Dos años después, el día 30 de enero de 1661, restaurada la monarquía —pues Ricardo Cromwell tuvo sólo unas semanas el poder— fueron sacados los ataúdes que contenían los restos de Oliverio Cromwell, Ireton y Bradshaw.

Testigos presenciales dijeron a su tiempo que se les depositó sobre un humilde furgón y fueron llevados a Tyburn, donde, anudados los sudarios, el verdugo los colgó del cuello; y en esta posición estuvieron expuestos tres días. Seguidamente, las cabezas, clavadas en largas pértigas, fueron mostradas al pueblo de Londres en una de las esquinas del palacio de Wentmister.

Actualmente, hay estatuas de Oliverio Cromwell en muchos distintos lugares de Inglaterra: en una plaza de Londres, en la casa que habitó en Huntingdon, en la isla de Ely, en la Universidad de Cambridge, etc.

No hace mucho, un dirigente político inglés ha recordado su célebre definición: "Es buen soldado el que sabe por qué lucha, y ama lo que sabe".





I N D I C E

	PÁG.
I—Inglaterra, siglo XVII	7
II—Lucha civil	19
III—Cromwell, guerrero	37
IV—“Queda abolido el oficio de rey”	65
V—“Este edificio se alquila”	85
VI—Cromwell, protector	97
VII—Muerte de Cromwell	115

BIBLIOTECA BILLIKEN

Con las publicaciones de esta Biblioteca la Editorial Atlántida se propone realizar un amplio y sostenido plan de divulgación literaria, en que las exigencias de una seria cultura se encuentren siempre conciliadas con la amenidad y sencillez que la hacen grata y asequible a todos. Los libros de la BIBLIOTECA BILLIKEN se distribuyen en tres colecciones: 1º. COLECCIÓN ROJA: comprende reducciones o adaptaciones de obras maestras de la literatura universal; 2º. COLECCIÓN VERDE: vidas famosas sea por su ejemplaridad, por su especial significación en la historia, o por el interés épico o novelesco de sus peripecias; 3º. COLECCIÓN AZUL: obras, hechos y hombres de América.

VOLUMENES PUBLICADOS Y EN PRENSA:

COLECCIÓN ROJA

LA ILIADA	CUENTOS Y APOLOGOS DE
LA ODISEA	TOLSTOI
DON QUIJOTE DE LA MANCHA	FABULAS DE IRIARTE
TRES OBRAS DE SHAKESPEARE	VIAJES DE GULLIVER
TRES DRAMAS DE CALDERON	LA CABAÑA DEL TIO TOM
VIAJES DE MARCO POLO	LOS TRES MOSQUETEROS
OLIVERIO TWIST, por Carlos	EL JINETE SIN CABEZA, por
Dickens.	Maine Reid.
LA PIEL DE ONAGRO, por Balzac.	TRES COMEDIAS DE MOLIERE

COLECCIÓN VERDE

GRANDES INVENTORES	CRISTOBAL COLON
GRANDES MUSICOS	MAGALLANES
GRANDES PINTORES	HERNAN CORTES
SANTA TERESA	MAHOMA
SAN FRANCISCO DE ASIS	NAPOLEON
SAN IGNACIO DE LOYOLA	PASTEUR
MARTIRES DE LA CIENCIA	CROMWELL
JUANA DE ARCO	CABEZA DE VACA

COLECCIÓN AZUL

LINCOLN	UNA EXCURSION A LOS INDIOS
SAN MARTIN	RANQUELES, por Lucio V. Mansilla.
BOLIVAR	MARTIN FIERRO
350 POESIAS PARA NIÑOS	EL FAUSTO, por Estanislao del Campo.
TEATRO INFANTIL	MARIA, por Jorge Isaacs.
AMALIA	LA CONQUISTA DEL PERU
LEYENDAS Y FABULAS GUARANIES	LOS PIELES ROJAS
JUAREZ	EL ULTIMO MOHICANO, por Fenimore Cooper.
BUCHARDO	

OTRAS PUBLICACIONES DE LA
EDITORIAL ATLANTIDA

COLECCIÓN ANTORCHA

BIBLIOTECA DE DIVULGACION
CULTURAL

Volúmenes publicados y en prensa:

ERNESTO MORALES. — SARMIENTO DE GAMBOA

CELSE CRUZ. — LA CONQUISTA DEL AIRE

PEDRO VALLE. — LOS PIRATAS

ERNESTO MORALES. — LA ATLANTIDA

J. VILLEGAS. — EL CINE

BIBLIOTECA DE “LA CHACRA”

VOLÚMENES PUBLICADOS Y EN PRENSA:

1. — LA INCUBACIÓN.
2. — RICINO, SOJA Y SÉSAMO.
3. — ANIMALES PILÍFEROS.
4. — INDUSTRIALIZACIÓN DEL CERDO.

